

CARTAS VENEZOLANAS A MIGUEL DE UNAMUNO (1900-1930)

Venezuelan Letters to Miguel de Unamuno

Claudio MAÍZ

Universidad de Cuyo Argentina

RESUMEN: Un estudio de las relaciones entre Unamuno y Venezuela a través de las cartas escritas por intelectuales de aquel país al autor español, conservadas en el archivo unamuniano de Salamanca.

Palabras clave: Unamuno, Venezuela.

ABSTRACT: A study of the relationship between Unamuno and Venezuelan by means of letters written by intellectuals of that country to the Spanish author, preserved in Unamuno's archives in Salamanca.

Key words: Unamuno, Venezuelan.

INTRODUCCIÓN¹

La red epistolar y relaciones periféricas

Los tópicos epocales de mayor relevancia que aparecen en los textos epistolares de Miguel de Unamuno con los hispanoamericanos pertenecen a un determinado marco contextual, que merece por lo menos una mínima atención, si

1. Esta introducción está realizada sobre la base de una investigación mayor, que incluía el epistolario hispanoamericano en general. Ese trabajo logró publicarse con anterioridad al epistolario venezolano que el lector tiene ante sí. Las cartas, sin embargo, permanecieron inéditas hasta ahora. El libro precedente es de Claudio Maíz, *El sujeto moderno hispanoamericano. Una lectura de textos epistolares de Unamuno*, Mendoza: Editorial Facultad de Filosofía y Letras, 1996.

pretendemos comprender mejor estas relaciones. Ha sido suficientemente probado que la significación de la guerra de 1898, en el espacio hispano-americano, constituye mucho más que un episodio histórico. No obstante, el impacto que tuvo en el ámbito cultural de habla hispana, y aun en la conciencia intelectual, ha sido una preocupación crítica más bien reciente. A la postre, el principio de intersección entre el noventayochista Miguel de Unamuno y los intelectuales hispanoamericanos ha de rastrearse en dicho acontecimiento junto con sus derivaciones, por tratarse del primer capítulo traumático de los nuevos vínculos con «Occidente» y la «modernidad», que se inauguran con el siglo xx. Uno de los puntos de reunión se ubica en la meditación sobre la interioridad y las consecuencias creativas de ella extraídas, por medio de un movimiento inverso: de lo universal o lo íntimo (los modernistas), de lo íntimo a lo universal (los noventayochistas)². Otro punto, de tanta importancia como el anterior, se localiza en el hecho de que Unamuno fue uno de los españoles que más intensamente pensó el «problema de España», cuyos núcleos noéticos no pertenecían sólo a la Península, sino que, por extensión, también a las cuantiosas áreas nacionales que la globalización del capitalismo de entonces había provocado. Por ser un pensador de los márgenes de Europa, agudamente enfrentado al eurocentrismo, los más destacados escritores hispanoamericanos de principios de este siglo encontraron en sus reflexiones una manera original de pensar el futuro del continente, eludiendo, hasta donde pudieron, la racionalidad europea. A través de su figura y magisterio redoblaron las esperanzas en el destino de estos pueblos. Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Miguel Cané, Baldomero Sanín Cano, Alcides Arguedas, Vaz Ferriera, en suma, nicara-güenses, argentinos, colombianos, venezolanos, uruguayos, chilenos, bolivianos, establecieron relaciones, fundamentalmente, epistolares con el escritor español. Ernst Curtius ha marcado la amplia repercusión alcanzada por Unamuno, gracias a esa reafirmación fuerte de la individualidad, a tal extremo que lo convierte en «escitator hispaniae»³.

Como una manera de captar la tensión subyacente en las relaciones culturales establecidas entre Unamuno e hispanoamericanos⁴ y de todos con el proceso de

2. «Un estudio detenido de la generación del 98 y del modernismo, tanto en su forma como en su contenido, demuestra que la mayor diferencia que existe es la de un desarrollo inverso: los modernistas van del impulso inicial estético universalizante a la consolidación de un profundo pensamiento de afirmación íntima; los del 98 van de una afirmación íntima y nacional, analítica y meditativa, a la conquista de una universalidad estética». Alfredo ROGGIANO, *El origen francés y la valoración hispánica del modernismo*, en *Memoria del IX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: influencias extranjeras en la literatura Iberoamericana*, México, 1962, p. 37.

3. Para nosotros esta expresión de Curtius alcanza también al otro margen hispanoamericano. Agreguemos que ello consulta plenamente la verdad, tal como intentaremos demostrarlo, en el sentido de que Unamuno fue el gran animador intelectual del Fin de Siglo hispanoamericano, además del propiamente español. Ernst Robert CURTIUS, Miguel de Unamuno, «escitator hispaniae», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 60, nov. 1954, 248-264.

4. Nos hemos ocupado más ampliamente del tema en: Claudio MAÍZ, *El sujeto moderno hispanoamericano. Una lectura de textos epistolares de Unamuno*, Mendoza: Editorial Facultad de Filosofía y Letras, 1996.

europización es necesario ampliar el área de estudio de la producción literaria, en el sentido de incluir tanto América como España, desde la perspectiva periférica que singulariza ambas áreas⁵. En efecto, los años que van entre fines del siglo XIX y la Gran Guerra europea de 1914 contienen el debate sobre la *modernidad periférica* en uno y otro lado del Atlántico y esta cuestión es la que más acercó a Unamuno y los hispanoamericanos. En el turbulento signo de la época, que se denominó modernismo, españoles y americanos llegaron a formularse análogos interrogantes. Solamente esto último reúne a España y América bajo el nombre de modernismo hispánico, puesto que en lo demás, es decir, en las respuestas encontradas, los rumbos son divergentes. El modernismo en España resultó el espejo que devolvía la imagen de la decadencia hispánica, en cambio, en Hispanoamérica significaba la posibilidad, o el intento al menos, de situar estas sociedades a la altura de las más desarrolladas. En Hispanoamérica, la imagen no era la decadencia sino el atraso. En general, las naciones de lengua hispánica habían sido relegadas a la periferia del desarrollo capitalista. Hernández Sánchez Barba, para el caso hispanoamericano, ha denominado al choque de las fuerzas emergentes provenientes del surgimiento del capitalismo norteamericano, «colosal tensión que condiciona toda el desenvolvimiento histórico» hispanoamericano⁶. Y podríamos agregar, también de España.

La paradoja: la retórica de la modernidad

Se sabe que la paradoja es la figura retórica que consiste en el empleo de expresiones que envuelven una contradicción. Su esencia reside en la exposición de una idea contraria a la opinión común⁷. Desde el punto de vista del efecto que suscita, la paradoja busca producir un extrañamiento en los componentes de la realidad, llamando la atención sobre alguno de ellos a contrapelo del sentido común. Unamuno es consciente de que el pensamiento europeo ha sido ganado desde el Renacimiento por la razón, que se manifiesta mediante un procedimiento reflexivo fundado en la lógica. La razón, por entonces, reinaba en todos los ámbitos de la cultura. El antipositivismo unamuniano se manifiesta en su rechazo a la lógica, el método deductivo, el imperio del suceso y cualquier otra vía empirista pura, características que saturaban el ambiente intelectual europeo e hispánico. Este conjunto de nociones es la base del sentido común, al que Unamuno se opone con

5. Entre los enfoques más recientes, que propongan un punto de vista periférico, puede mencionarse a Carlos BLANCO AGUINAGA, *Sobre el modernismo desde la periferia*, Granada: Guante Blanco/Comares, 1998.

6. Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Las tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*, Madrid: Ediciones Guadarrama, 1961, p. 29.

7. Según ha escrito José Luis Abellán se trata de una reacción antipositivista que expresa la crisis del «sentido común (el *common sense* es la vertiente moral del positivismo)». José Luis ABELLÁN, *El 98 cien años después*, Madrid: Alderabán, 2000, p. 30.

afirmaciones arbitrarias «sin documentación, sin comprobación, fuera de la lógica europea moderna, con desdén de sus métodos»⁸.

/.../ lo que llamamos paradoja —escribe Unamuno— es el más eficaz correctivo de las ramplonerías y perogrulladas del sentido común. La paradoja es lo que más se opone al sentido común, y toda la verdad científica nueva tiene que aparecer como paradoja a los del sentido común en seco⁹.

Si el sentido común alude a lo colectivo,

«la paradoja es el más genuino producto del sentido propio. Y es, por lo tanto, el más eficaz elemento del progreso, ya que por lo individual se progresa. El cambio es siempre de origen individual; /.../ La historia del pensamiento humano podría reducirse al conflicto y juego mutuo entre el sentido común y el propio, entre la perogrullada y la paradoja, entre el instinto práctico y la razón especulativa»¹⁰.

Octavio Paz ha sostenido que la analogía fue la figura identificatoria del romanticismo. La analogía es la ciencia de las correspondencias —afirma—, su existencia es sólo posible gracias a las diferencias: porque una cosa no es otra, es posible tender un puente entre una y otra: «La analogía es la operación por medio de la que, gracias al juego de las semejanzas, aceptamos las diferencias. La analogía no suprime las diferencias»¹¹. En el extremo contrario a la analogía se ubica la paradoja que, parafraseando a Paz, sería la ciencia de las contradicciones, que sí suprime las semejanzas y potencia las diferencias. La paradoja es la figura retórica propia de la modernidad agónica y periférica. Su modo de operar consiste en no alcanzar la síntesis dialéctica sino que deja irresuelta la estructura de la tesis y la antítesis. Fue un recurso individual ante la inevitable transformación general, que extremó la pasión solitaria, heroica, romántica por lo titánica, que se afirma en las arbitrariedades del espíritu contra la lógica racionalista. Hemos dicho que la paradoja es la figura retórica que identifica la vía alternativa de asunción de la modernidad, pero, además, la paradoja adquiere entidad metodológica en la operación reflexiva e indagatoria de Unamuno. Es una ética de los extremos que se define como contraria al justo medio¹². Laín Entralgo que ha observado esta marcada

8. Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas*, t. III, edición, introducción y notas de Manuel García Blanco, Madrid: Vergara, 1958, p. 1105.

9. *Ibidem*, t. IV, p. 823.

10. *Ibidem*, t. IV, p. 824.

11. Octavio PAZ, *Los hijos del limo*, Barcelona: Seix Barral, 1990, p. 110.

12. Escribía Unamuno en *En torno al casticismo* (1895): «Me conviene advertir, ante todo, al lector de espíritu notariresco y silogístico, que aquí no se prueba nada con certificados históricos ni de otra clase, tal como él entenderá la prueba; que esto no es obra de la que él llamaría ciencia; que aquí sólo hallará retórica el que ignore que el silogismo es una mera figura de dicción. Me conviene también prevenir a todo lector respecto a las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y a las contradicciones que le parecerá hallar. Suele buscarse la verdad completa en el justo medio por el método de remoción, *via remotionis*, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir

tendencia de Unamuno a «la afirmación alternativa de los contradictorios»¹³, extrañamente no menciona la paradoja.

Hacia finales de la centuria, el casticismo, síntesis de la ideología de una clase social como la considera Blanco Aguinaga¹⁴, para Unamuno significa el «desquite del viejo espíritu histórico nacional que reacciona contra la europeización»¹⁵. El casticismo, que no es sino un conjunto de valores, en otro tiempo pudo dar a España primacía pero, ahora, la sume en la decadencia. A despecho de todos los controles ideológicos —la Inquisición se cuenta entre los instrumentos que actuaron como aduanas— la europeización fue cumpliéndose en España¹⁶. El verdadero descubrimiento de España está por hacerse, piensa Unamuno, y será obra de los españoles europeizados, por medio de un programa que incluya el «paisaje», «el paisanaje» y «la vida del pueblo»¹⁷. El imperativo unamuniano, hacia el año 1895, consistía en tener que europeizarse y «chapuzar» en el pueblo¹⁸. Entre los modernistas hispanoamericanos que más conciencia social y preocupación política tuvieron, los razonamientos de Unamuno del tipo que hemos señalado provocaban un enorme atractivo.

La carta como vía de conocimiento

Dentro de los marcos que venimos exponiendo, los vínculos que Unamuno estrechó con los intelectuales hispanoamericanos son tan amplios como escasamente explorados, a pesar de prolijos trabajos de acopio de documentos¹⁹. La red

otro método, el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha». Miguel de UNAMUNO, En torno al casticismo, en *Obras Completas*, t. III, p. 171.

13. Pedro LAÍN ENTRALGO, *La generación del 98*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1947, p. 152.

14. Carlos BLANCO AGUINAGA, *Juventud del 98*, Barcelona: Crítica, 1978.

15. Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas*, t. III, p. 296.

16. *Ibidem*, p. 297.

17. *Ibidem*, p. 299.

18. *Ibidem*, p. 300.

19. Manuel GARCÍA BLANCO, *América y Unamuno*, Madrid: Gredos, 1964 y Julio César CHÁVEZ, *Unamuno y América*, Madrid: Cultura Hispánica, 1964. El número de trabajos monográficos sobre el tema de Unamuno y América es enorme, en ésta consignaremos los de mayor interés para nuestra investigación: Patricia ARANCIBIA CLAVES, Unamuno y Chile, en *Academia*, 12, 1985, pp. 109-164; Arturo ARDAO, Unamuno y el protestantismo uruguayo del 900, en *Marcha*, dic. 1953; J. A. BALSEIRO, Unamuno y América, en *La Torre*, n.º 35-36, jul.-dic. 1961; L. BARAHANA JIMÉNEZ, Unamuno e Hispanoamérica, en *Revista de Filología de la Universidad de Costa Rica*, 17, 1965, 53-61; Alfredo CARDOÑA PEÑA, Unamuno en América, en *Repertorio Americano*, 10-X-1948; D. CASTAGNI, *Unamuno y el Uruguay*, La Paz: Canelones, 1967; Guillermo DÍAZ PLAJA, Martí y Unamuno, en *Ínsula*, 89, mayo 1953; J. E. ENGLEKIRK, El hispanoamericanismo y la generación del 98, en *Revista Iberoamericana*, XI, abr. 1940; Publio GONZÁLEZ RODAS, Unamuno y Colombia, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 25, 1996; Pedro HENRÍQUEZ UREÑA, Hace cincuenta años: Unamuno y una crítica de Rodó, en *La Nación*, Buenos Aires, 5-V-1957; Luis LEAL, Unamuno americanista, en *Cuadernos Americanos*, XVI, n.º 4, 1957, 183-190; Jaime PERALTA, La preocupación americana en Miguel de Unamuno, en *Atenea. Revista de la Universidad de Concepción*, oct.-dic. 1964; Guillermo de TORRE, Unamuno crítico de la literatura hispanoamericana, en

epistolario tendida entre Unamuno y los escritores hispanoamericanos del 900 podría encuadrarse dentro del tipo de formación cultural no institucional. La red que opera por medio de las prestaciones culturales, materiales y simbólicas, entre los corresponsales hispanoamericanos y Unamuno se organiza conforme a un abanico de categorías significativas, entre las que se destacan: el claro reconocimiento del espacio cultural ocupado por Unamuno, que viene dado por su prestigio; la condición de hispanoamericanos y sus vínculos literarios, estéticos y a veces políticos; la pertenencia al «momento modernista»; el afán de ingresar al circuito literario; la intensidad de la relación entablada; los diversos enfoques críticos sobre el modernismo; la relevancia cultural adquirida en sus ámbitos nacionales (regida por una escala de dedicación que va de aficionados a consagrados, pasando por iniciados y en vías de consagración).

A su vez, los múltiples corresponsales hispanoamericanos se relacionan con un único destinatario, que se descompone, desde un punto de vista imaginario y según los casos, en: el Unamuno crítico de la literatura hispanoamericana; promotor de su propia obra; predicador de ideas; y el íntimo y confidente. La joven intelectualidad hispanoamericana tuvo en el escritor español como un punto de referencia obligado, en virtud de la admiración que despertaban su entereza moral y firmes convicciones, cualidades que tanto contrastaban con la desorientación que la juventud hispanoamericana padecía. En la adocenada circulación de libros, teorías e ideologías a través de Hispanoamérica, la espesura ética de Unamuno significó la expresión de algunas certezas. La prueba más cabal del magisterio unamuniano se halla en su «epistolomanía»²⁰.

Del tono confesional de las cartas surge el verdadero espesor de los esfuerzos que demandó en los jóvenes escritores hispanoamericanos la pretensión de dar con una expresión propia. Unamuno no supo todo lo que hubiese querido saber de literatura hispanoamericana, sin embargo, nunca dejó de tocar los puntos neurálgicos con una franqueza inusitada. Tuvo para cada hispanoamericano palabras francas hasta lo hiriente, certeras hasta el asombro. Su postura no siempre fue la misma respecto de sus corresponsales hispanoamericanos, como tampoco el tono utilizado. Ambos aspectos se conectan en relación directa con el grado de simpatía establecido entre él y el corresponsal, dentro de lo que juega también los desbordantes deseos de Unamuno de ejercitar un magisterio. Recordando sus vínculos con el chileno Luis Ross, Unamuno reconocía que lo que más lo atrajo de ese joven había sido su curiosidad «incansable». Y agregó:

La Torre, n.º 35-36, jul.-dic. 1961; Guillermo de TORRE, Unamuno y la literatura hispanoamericana, en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XI, 1961; Iris ZABALA, Hacia una teoría de «Españeamérica»: Hispanoamérica en Unamuno ¿realidad o ficción?, en *Revista Interamericana de bibliografía*, XV, 1965, 347-354; Emilia de ZULETA, Unamuno desde América, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 440, feb.-mar. 1987.

20. Las cartas discriminadas por nacionalidad ofrecen este panorama: 143 argentinas, 6 bolivianas, 74 chilenas, 26 mejicanas, 33 venezolanas, 20 uruguayas, 35 colombianas, 18 peruanas, 4 paraguayas, 6 dominicanas, 4 ecuatorianas, 9 cubanas, 2 costarricenses, 2 salvadoreñas, 2 nicaragüenses.

Su nunca saciado anhelo de enterarse machihembraba estrechamente con mi insaciable anhelo de enterar a los demás de todo aquello de que creo saber un poquito siquiera. Su comprensión insaciable correspondía a mi insaciable proselitismo²¹.

El reconocimiento de Unamuno de estar embarcado en una tarea proselitista, no tan sólo constituye un rasgo de su personalidad, como la pudo ver Justo Sierra²², sino también una dominante de la época. Las campañas, los alegatos, los discursos públicos, es decir, una amplia gama de géneros orales estaban vigentes. La oralidad del discurso ensayístico hispano de este período le imprime el matiz conversacional que refuerza el tono persuasivo.

La fuente de conocimientos de Unamuno sobre América está mediatizada por la escritura, y esta característica sella la singularidad de su visión americana. La información con la que construye su imagen de América proviene de las lecturas y las correspondencias; si caben los términos, el suyo es un saber estético, apoyado en la historia o en la historiografía a la que tuvo acceso. Un saber, si no directo en lo espacial (no viajó jamás a América), sí en lo interpersonal, de hombre a hombre como lo demuestra la correspondencia epistolar. Conocía, entonces, más del hombre que de su circunstancia o, en todo caso, tuvo acceso a la circunstancia que el tal hombre le expresaba. En suma, un saber estético pero también intrahistórico. En un sentido, es una nota propiamente unamuniana, pero también en otro se revela como una característica propia de la época, esto es, la renovación estética trae como consecuencia y sobreestimación de la mirada estética, acientífica y ametódica. Esta actitud creadora tiende al género poético, como el género de la crisis, o más ajustadamente a un lirismo invasor de otros géneros, entre ellos el ensayístico²³.

En los modos de articulación del discurso epistolar que atendemos, puede observarse la diferencia de planos, desde donde se emiten los enunciados tanto del emisor como del destinatario. Esta diferencia no se vincula con la distancia que el sujeto interpone entre él y su enunciado, al contrario, gracias al modo confesional de la epístola, aquella distancia tiende a anularse: hay una identidad entre el yo de la enunciación y el yo del enunciado. Los planos aludidos tienen que ver con las ubicaciones socio-culturales de los participantes en la comunicación epistolar, ellas pueden ser reales o imaginarias. En los casos que analizamos se dan los dos tipos:

21. Miguel de UNAMUNO, Prólogo a *Más allá del Atlántico* de Luis Ross Mugica, en *Obras Completas*, t. VII, p. 226.

22. El mexicano Justo Sierra supo colocar en su debido lugar ese rasgo de la personalidad de Unamuno, al describirlo como «agradecido, generoso, e ingenuamente presuntuoso con una de esas presuntuosidades francas y de buen timbre que desarmar porque son sinceras y porque se fundan en hechos innegables». Carta de JUSTO SIERRA a Miguel de Unamuno, México, 17 jun. 1910, Archivo Miguel de Unamuno.

23. Lo que para algunos ha significado algo reprochable —no haber tenido una mentalidad científica y universitaria, la que vendrá en España con Ortega y Gasset—, se ha convertido en lo que ha salvado a muchos ensayos de caer en el olvido. La virtualidad literaria, dice Rull Fernández, estriba en una combinación de la perspectiva ideológica con la fuerza expresiva del estilo y las imágenes literarias, como el caso de Unamuno. Enrique RULL FERNÁNDEZ, *El modernismo y la generación del 98*, p. 126.

Unamuno escribe desde un plano superior merced al «status» intelectual que goza, por su parte los hispanoamericanos reconocen ese lugar pero lo potencian mediante una imagen todavía superior, en virtud de la facultad consagratoria que encarna la crítica unamuniana, en un espacio cultural tan incipiente como el de ciertas regiones de Hispanoamérica. De ahí que buscaran afanosamente sus juicios a través de prólogos o artículos que se ocuparan de las obras. Circunstancia que permitía adquirir el rango de literato, siempre y cuando tales juicios así lo admitieran.

EL EPISTOLARIO VENEZOLANO

En primer término, es necesario precisar que las cartas venezolanas que recogemos del Archivo Miguel de Unamuno han merecido la atención de dos estudios, como ha sido dicho, que tratan sobre la relación que mantuvo Unamuno con Hispanoamérica. Nos referimos a Manuel García Blanco: *América y Unamuno* y Julio César Chávez, *Unamuno y América*²⁴. El aprovechamiento del epistolario en ambos casos ha consistido, principalmente, en abordarlo con vistas a reconstruir su contexto. Con todo, las posibilidades de indagación de tales materiales no han sido agotadas ni muchos menos. Por varios motivos: el de mayor relieve viene dado por el hecho de que las cartas no se publicaron en su contenido íntegro como tampoco tales trabajos comprenden la totalidad de los corresponsales, tal es el caso del poeta José Tadeo Arreaza Calatrava que no figura en ninguno de los dos trabajos.

Así pues, al llenar esos vacíos, las perspectivas de examen e interpretación de las cartas se acrecientan, ya que reunir las en un mismo corpus y emprender una lectura de conjunto, facilita la elaboración de un repertorio de temas, preocupaciones, discusiones sobre estéticas o gestación de obras que de ellas surgen. En reconocimiento a las obras de García Blanco y Chávez, digamos que el propósito de las mismas no contemplaba el estudio del epistolario venezolano sino como una faceta de un vínculo cultural que abarcaba todo lo americano. El mérito de aquellos ensayos está, pues, en la observación panorámica que llevaron adelante.

Ahora bien, los corresponsales venezolanos de Miguel de Unamuno fueron: Pedro Emilio Coll, José Tadeo Arreaza Calatrava, Pedro César Dominici, Manuel Díaz Rodríguez, Tulio Febres Cordero, José Gil Fortoul, Alejandro Fernández García, Rufino Blanco Fombona (existe una edición de su epistolario a cargo de Marcos Falcón Briceño), Rómulo Betancourt y José Rafael Pocater²⁵. Como es posible observar, los nombres que componen el epistolario pertenecen a escritores de procedencia modernista, algunos por adscripción nítida y otros por haber sido el período modernista un momento importante de su actuación. Las excepciones

24. Manuel GARCÍA BLANCO, *América y Unamuno*, Madrid: Gredos, 1964. Julio César CHÁVEZ, *Unamuno y América*, Madrid: Cultura Hispánica, 1964.

25. El epistolario se complementa con los siguientes corresponsales, cuyas cartas se limitaron a dejar constancia, en casi todos los casos, del libro que le enviaban a Unamuno, a fin de que lo evaluara: Ernesto Gómez V., Luis Correa, M. Pinzón Uzcategui, Ismael Urdaneta, Jiménez Paunix, Carlos Villanueva, Eloy González, Mario Briceño Iragorry y J. Fernández Hurtado.

corresponden a Rómulo Betancourt, cuya incorporación obedece tanto al significado histórico que encierra su carta, cuanto por constituir un caso de relevo generacional, y a José Rafael Pocaterra, por ubicarse en la antípoda del canon modernista.

Es preciso detenerse brevemente en el único destinatario de las cartas venezolanas, en virtud de comportar el punto de reunión del variado conjunto de corresponsales. Miguel de Unamuno, como es sabido, mantuvo una relación con el mundo hispanoamericano que no conoce precedentes en las primeras décadas del siglo xx. Lo que se designa, por otro lado, como su «epistolomanía» guarda una estrecha conexión con su proyecto literario.

La existencia de abultados epistolarios en la vida de muchos escritores, según Unamuno, no obedece al tiempo que se disponga, sino que la práctica epistolar funciona, en muchas ocasiones, como antetexto de las obras que luego adquirirán publicidad. Así pues, los ámbitos de lo público y lo privado no son tenidos como compartimentos que se excluyan, al estar integrados en un proyecto literario que aprovecha la meditación íntima con vistas a producir el texto público. Con arreglo a estas posturas, buena parte de los artículos unamunianos se revisten de la estructura, tono y estilo de la carta, es decir, simulan estar dirigidas a un destinatario determinado, con el consiguiente efecto persuasivo.

Pedro Salinas en su «Defensa de la carta misiva» destaca el hecho de que una carta está escrita, antes que a nadie, al mismo que la escribe, por ser el primero que recibe lo que dice. Escribir una carta, pues, es un acto de conciencia o un testimonio de ella, en el que después de finalizada el hombre que escribe sabe más de sí mismo²⁶. El destinatario de una carta estimula la escritura que libera un discurso autorreferencial.

Como consecuencia de esto último, la presencia imaginada de un interlocutor en el interior de la carta es una condición insuficiente para tener como homólogos a la conversación a distancia y la carta. La carta dirigida a sí mismo, como sostiene Salinas, es una manera de captar su último significado, en virtud de que la soledad y la ausencia real del interlocutor intensifican la libertad expresiva. Cuanto más libre de presencias, más íntimo, podría ser la síntesis. La carta, aunque definida por su función comunicativa, en el nivel de una estructura profunda comporta para Unamuno la puesta a punto de un pensamiento sobre el ser como única realidad.

No es éste lugar para extenderse sobre el espacio que ocupa el género epistolar en el proyecto literario unamuniano, agreguemos, sin embargo, que aún aguarda esta parte de su producción literaria un estudio pormenorizado.

En lo que respecta al lote de cartas venezolanas es factible plantear un doble juego de entradas: por un lado, diacrónico, es decir, una ubicación secuencial, y por otro, a través de cortes sincrónicos. Este último procedimiento tiene la ventaja

26. PEDRO SALINAS, Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar, en *El defensor*, Madrid: Alianza, 1983, p. 35.

de coadyuvar a la reorganización del contenido de la información cultural que las cartas poseen, en esferas de sentido, cuya cohesión la proveen los temas tratados por los corresponsales. Podría hablarse, pues, de un diálogo intertextual entre las epístolas.

A pesar de no contarse con las cartas enviadas por Unamuno, lo que completaría el circuito comunicacional, la dimensión tanto cognitiva como de sentido de las cartas no se ve menguada. Ello obedece a que existe una afinidad entre los corresponsales venezolanos por cuanto pertenecen a una misma comunidad cultural, además de que comparten una contemporaneidad conformada por parámetros muy nítidos tanto en Europa como en América. Vale decir, los corresponsales se nutren de un mismo depósito de saberes, más allá del uso que cada uno haga de ellos y de los aportes que se obtengan de las actuaciones individuales (viajes al extranjero, estancias por largo tiempo fuera de Venezuela, características personales, etc.).

La afinidad intelectual y estética que se percibe en el epistolario no deviene de una unidad doctrinal, más bien la identidad que opera en estos sujetos de enunciación epistolar proviene de la constelación de actitudes, sobreentendidos, valores y rechazos compartidos, sin que estén formulados en ningún programa. Entre ellos se erige una formación de vínculos, en ocasiones, laxos pero que llegan a componer una estructura de sentimientos²⁷, susceptible de ser captada por medio de inquietudes comunes, sensibilidades análogas o experiencias que se reconocen en un modo de ser determinado.

La unicidad del epistolario, en orden a las razones expuestas, permite zanjar la ausencia de la voz epistolar de Unamuno y aislarlo en tanto objeto de estudio. De manera correlativa, lo que pierden las cartas por el «silencio» de su único destinatario, se recupera en ciertos aspectos, si se recurre a la crítica literaria que Unamuno desarrolló en diversas revistas periódicas, donde se ocupó en varias oportunidades de la literatura venezolana. La traspolación es pertinente en virtud de que Unamuno acercó, hasta donde pudo, la publicidad de su pensamiento sobre la literatura hispanoamericana a la privacidad de las cartas. Era un procedimiento habitual en el autor vasco.

Por otro lado, intentar establecer el origen de cada una de estas relaciones epistolares es un objetivo prácticamente imposible, no obstante ello, se puede aducir que la participación de Unamuno en las páginas de *El Cojo Ilustrado*, equiparable en importancia a la del diario argentino *La Nación*, constituye un punto de partida del intercambio epistolar. No debe dejar de considerarse, además, que Unamuno fue el más pertinaz difusor de su obra. Entre la variedad de motivaciones que

27. La «estructura de sentimientos» o del «sentir» es una categoría que Raymond Williams define como el interés en «los significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente; y las relaciones existentes entre ellos y las creencias sistemáticas o formales en la práctica son variables (incluso históricamente variables) en una escala que va desde un asentimiento formal con una disensión privada hasta la interacción más matizada existente entre las creencias seleccionadas e interpretadas y las experiencias efectuadas y justificadas». Se trata, en resumen, de una conciencia práctica de tipo presente. Raymond WILLIAMS, *Marxismo y literatura*, Barcelona: Península, 1980, p. 155.

Unamuno tenía para escribir sus cartas, se cuenta la que respondía a un fin estratégico: dar a conocer él mismo su obra, no sólo con el envío del ejemplar, a lo que era muy dado, sino que también con su propia opinión sobre la misma.

Ahora —escribe Unamuno— para esto del teatro en que ahora me meto me perjudica el vivir fuera de Madrid. Pero creo que mis cartas pueden suplir a la labia de los otros²⁸.

Las cartas, en la vida literaria de Unamuno, compensaron el verdadero retiro que significaba vivir fuera de los centros de mayor movimiento cultural, como lo era Salamanca. A la vez, y en el caso de América, le permitían la ampliación de su público, en lo que Unamuno no ocultaba las razones económicas que lo movían.

De manera que la comunicación epistolar lo mantuvo informado de lo que sucedía en el mundo por medio de un variado espectro de corresponsales. Su conocimiento de América lo adquirió gracias a la lectura de los libros americanos, que los recibía por cantidades y abarcaban desde lo literario a lo histórico y filosófico. La biblioteca personal de Unamuno sobre América debe de haber sido la más completa para aquella época, si no la única más completa. Pero también, y fundamentalmente, sus conocimientos provenían de sus relaciones epistolares. Si no viajó nunca a América, intenciones no le faltaron, fue porque contaba con esas «crónicas» interiorizadas de las cartas:

No soy —escribe Unamuno— de los que hacen un viaje para evitarse el tener que escribir una carta, sino más bien de los que escriben cartas para evitarse viajes²⁹.

En suma, ya sea porque sus artículos o poesías aparecidos en las páginas de *El Cojo Ilustrado* despertaban la admiración de la juventud venezolana o ésta lo seguía por otros medios, o bien porque el propio Unamuno se ponía en contacto con algún destacado escritor, las cartas nacen como un vehículo de comunicación y difusión literarias. En ciertos casos, estos vínculos evolucionan hacia una amistad personal.

Con todo, si bien reconocemos la imposibilidad de determinar el origen en cada caso de la relación epistolar, contamos con un eje vertebrador de la trama del conjunto del epistolario. Se trata de las cartas de Pedro Emilio Coll, pues fue el corresponsal más antiguo que tuvo Unamuno y por su intermedio el abanico de sus vinculaciones se amplía. Además de haber sido el más antiguo, Coll es el corresponsal que más tiempo sostiene el intercambio epistolar, circunstancia que comparte con Rufino Blanco Fombona. La actuación destacable que le cupo a Coll dentro del ciclo modernista venezolano asimismo se revela dentro del epistolario en la medida en que su figura es una presencia constante entre los corresponsales.

De los múltiples temas que circulan por el epistolario, hemos seleccionado aquellos que recogen la memoria de Simón Bolívar, las dictaduras venezolanas y

28. Miguel de UNAMUNO, *Epistolario inédito, I (1894-1914)*, Madrid: Espasa-Calpe, 1991, p. 295.

29. Miguel de UNAMUNO, Confesiones cínicas al lector amigo, en *Obras Completas*, t. X, p. 374.

la producción literaria y el movimiento de las letras venezolanas en su relación con el pensamiento unamuniano.

LA PASIÓN POR LA HISTORIA: SIMÓN BOLÍVAR

El año 1907 se convierte en un momento en el que la figura de Simón Bolívar es una referencia permanente dentro del epistolario, a la par de inspirar un ensayo de Unamuno. La memoria bolivariana aglutina en su entorno un círculo de discusiones, valoraciones y proyectos, que en conjunto, por fuerza, han de ser remitidos a la historia hispanoamericana en general y la venezolana en particular.

Como se sabe, de ese año data la obra *Historia Constitucional de Venezuela* de Gil Fortoul, la que precisamente servirá como motivo para la elaboración de dos ensayos de Unamuno: «Quijote y Bolívar» y «La ciudad y la patria», aparecidos en *La Nación* de Buenos Aires, durante enero de 1907. Si bien Unamuno entusiasmado por el libro de Gil Fortoul habrá de solicitar a éste y a Rufino Blanco Fombona las obras que traten sobre Bolívar o los escritos del Libertador, su curiosidad e interés por conocer los temas de la historia venezolana datan de tiempo atrás. En 1903 le había remitido una carta al presidente Cipriano Castro requiriéndole aquellos trabajos históricos referidos al período de la emancipación, con el propósito de acometer su estudio, en especial, las obras que trataran los sucesos acaecidos en las repúblicas del norte de Suramérica. Fiel a sus principios, Unamuno hace esta aclaración: «Aún más que los sucesos me interesan los hombres, los héroes que la llevaron a cabo, y en cuyas entrañas espirituales busco el alma española»³⁰. De aquí también su deseo de acceder a los diarios, memorias o epistolarios de los héroes de la independencia. No hay noticias de que el pedido de Unamuno haya obtenido respuesta. La abundante bibliografía que reunió sobre y de Bolívar procede, entre otros, de Rufino Blanco Fombona.

Unamuno declaró públicamente su admiración por los héroes de la independencia americana, pues creía ver en ellos la más alta expresión de la raza hispana. No obstante, siempre destacó su predilección por la trilogía que formaban Bolívar, Sarmiento y Martí. La naturaleza poética que encontraba en el ciclo de las guerras de la independencia lo llevan a proyectar la composición de versos sobre los héroes americanos, a la manera de los que escribió Robert Browning, el poeta inglés del siglo XIX, al menos así presumía Unamuno de que era factible hacerlo con Bolívar³¹.

Esta intención se la hace conocer a sus corresponsales venezolanos: Gil Fortoul, Blanco Fombona y Coll, quienes juzgarían de distinto modo el proyecto de Unamuno. Gil Fortoul le responde:

30. Miguel de UNAMUNO, *Epistolario inédito*, p. 128.

31. Escribe Unamuno en «Don Quijote y Bolívar»: «Es, sin duda, Bolívar, un héroe para un poema a la manera de los Browning, en que toma un personaje histórico como centro de reflexiones poéticas». Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas*, t. IV, p. 738.

Y apunto también su proyecto de un libro sobre los héroes de acción americanos. Es un mundo, dice usted. Sí, un mundo que usted nos haría a todos, españoles y americanos, el servicio de aclarar desde el punto de vista psicológico. Cordialmente deseo que no abandone tan interesante proyecto³².

En parecida tesitura le dice Coll:

Me place y me enorgullece que Ud. vaya a ocuparse de Simón Bolívar; muerto Carlyle nadie mejor que Ud. puede comprenderlo³³.

Sin embargo, la voz disonante la pone Rufino Blanco Fombona:

Sentiría asimismo que usted se pusiera a escribir versos sobre Bolívar, Sucre, San Martín, Miranda, porque hace un siglo no escampa la lluvia de (atrocés) versos sobre los grandes hombres... Y sin embargo todavía no los conocemos. Cree usted natural que en vez de estudiarlos nos hayamos puesto a cantarlos?³⁴.

Blanco Fombona se opone en esta carta a la idea de que Unamuno se consagre a poematizar las gestas de los héroes americanos, básicamente porque ve en el escritor español un pensador capaz de profundizar la comprensión de esa etapa de la historia americana. Además, porque al ocuparse Unamuno de Bolívar, por ejemplo, contribuiría con su prestigio a la divulgación del héroe venezolano. De modo que le propone que estudie y para facilitar esa tarea le señala una lista de autores imprescindibles que le permitirían a Unamuno «conocer y estudiar al libertador»³⁵.

Es posible conjeturar que la opinión de Blanco Fombona haya hecho variar el proyecto poético de Unamuno, si atendemos al contenido de la carta de Coll citada más arriba, en la que es el nombre de Thomas Carlyle el que aparece y no el del poeta Browning. Esta novedad indicaría que Unamuno se había fijado una línea histórica antes que poética en su tratamiento de los héroes americanos, aunque para él ambas dimensiones no se excluían, por el contrario, se complementaban en su concepción humanizada de la historia³⁶. En fin, no sería arriesgado asegurar

32. Berlín, 18-III-1907.

33. Caracas, 30-VII-1908.

34. Scheveningen, 16-VIII-1907. En: MARIO FALCÓN BRICEÑO, *Cartas de Blanco Fombona a Unamuno*, Caracas: Inciba, 1968, p. 40.

35. Los libros que le recomienda fueron enviados por el propio Blanco Fombona y leídos con mucha atención por Unamuno, como lo prueban las numerosas anotaciones de puño y letra, sobre todo en cartas y memorias.

36. En 1914 le escribirá R. Blanco Fombona, a propósito del prólogo de Unamuno «Don Quijote Bolívar»: «Carlyle no lo haría, tal vez, mejor (...) usted como Carlyle, tiene la simpatía, que es una forma de comprender; la penetración psicológica, que abre la puerta del amor; el ojo que sabe ver hasta en la sombra; la frecuentación de la grandeza y la palabra iluminadora». MARIO FALCÓN BRICEÑO, *op. cit.*, p. 52. Carlos Clavería ha sostenido que el Unamuno vio en el historiador inglés a un artista y a un biógrafo interesado por las grandes personalidades pretéritas, haciéndolo constar en sus escritos. Carlos CLAVERÍA, Unamuno y Carlyle, en *Separata de Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, n.º 10, 1949, 7.

que en el intenso interés que Unamuno tuvo por los héroes americanos resonaran los modos de ahondamientos de los sujetos históricos que Carlyle y Browning, por distintas vías, procuraron. Por lo demás, no debe olvidarse que a ambos Unamuno los tenía en muy alta estima.

El primer ensayo que escribió Unamuno sobre el Libertador, «Quijote y Bolívar», se motiva en la lectura de la *Historia Constitucional de Venezuela*, mientras que el segundo, «Don Quijote Bolívar», obedece a un pedido de Blanco Fombona para que elabore el prólogo al libro sobre Bolívar que el venezolano prepara y que aparecerá en 1914. En esta oportunidad Unamuno pudo ampliar su mirada gracias al material que le había proporcionado Blanco Fombona, aunque nada más que para reforzar la intrínseca familiaridad que había descubierto entre el célebre personaje de Cervantes y el héroe de la independencia.

En resumidas cuentas, la difusión del pensamiento y acción de Simón Bolívar en Europa fue una empresa cultural en la que estuvieron involucrados Rufino Blanco Fombona, Gil Fortoul y Miguel de Unamuno. Los roles, sin embargo, estuvieron curiosamente invertidos al principio, ya que el español da a conocer su primer ensayo en un diario hispanoamericano, en tanto que Gil Fortoul publicaba su *Historia Constitucional* en Berlín.

En el revés de la trama de esta revalorización y rescate del pasado apelando a las individualidades históricas sobresalientes, se percibe un comportamiento caracterizador dentro de la literatura hispanoamericana de principios de siglo. En efecto, el tránsito por una estética tan alambicada como a la «moda» parisina del modernismo, hacia 1905, iba quedando atrás. Algunos poemas de *Canto de vida y esperanza* de Rubén Darío, de dicho año, denunciaban una nueva tonalidad literaria e inflexión de ideas. Por lo demás, el modernismo de los versos esmerilados no fue una marca que acompañó a sus cultores hasta la senectud, de suerte que aquella tendencia americanista que coexistía en el abigarrado espectro de ideologías y estéticas del movimiento, logra prevalecer.

Ahora bien, así como el modernismo fue un término de numerosas implicancias, el de americanismo no le ha ido en zaga. A tal extremo que el concepto, al igual que un paraguas, ha sido capaz de cobijar poemas laudatorios del tipo de Darío y Lugones al Gral. Mitre para el Centenario de 1910, un tenue antiimperialismo norteamericano de Rodó, uno mejor fundado como el de Manuel Ugarte, o la poética del mundonovismo. Esta última ha sido trasegada en los moldes del americanismo como un epítome de la verdadera expresión americana. Sin descartar, por cierto, aquellos escritores que creyeron descubrir en los núcleos del modernismo y el americanismo la síntesis de una nueva independencia cultural, a la manera que la intentó la primera generación romántica. Desde luego que este intrincado tendido de líneas fue amenguando la polarización entre el cosmopolitismo literario y los empeños por un arte localista. En el debate que instaura la ensayística de las identidades nacionales en la generación siguiente, afloran propuestas conciliadoras del aquel antagonismo bipolar.

Por último, al foco de atención creado por Blanco Fombona, Gil Fortoul y Unamuno sobre la figura de Bolívar concurren otros venezolanos con el envío de sus libros sobre el tema: Eloy González y su *Al margen de la epopeya*, M. Pinzón Uzcátegui y *La crítica histórica sobre el «Diario de Bucaramanga»*, Carlos Villanueva y su *Monarquía en América*³⁷.

LAS RELACIONES ENTRE LITERATURA Y PODER

Un hecho que merece destacarse en el epistolario es que el intercambio entre los corresponsales venezolanos y Miguel de Unamuno se produce coincidentemente con los años de las dictaduras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Las primeras noticias que se tienen de la relación entre Pedro Emilio Coll y Unamuno datan de 1899, año en el que Castro toma el poder, la última de las cartas, y también del epistolario, está fechada en el año 1935, año de la muerte de Gómez, quien desde 1908 gobernaba los destinos de Venezuela. En consonancia con estos datos temporales, los corresponsales de Unamuno, con diferentes grados de adhesiones y compromisos, fueron miembros de una especie de aparato cultural de ambas dictaduras. Ni aun el más abierto de los opositores a la dictadura de Gómez como lo fue Blanco Fombona, evadió su paso por los pliegues del poder al haber ejercido un cargo diplomático en Amsterdam bajo la dictadura de Castro.

La excepción le corresponde a Rómulo Betancour ya que su exclusión de aquel círculo está subordinada al lugar generacional que ocupa. Su actuación comienza en una etapa declinante de la dictadura gomecista, en un momento de alza producido por la presión de las capas medias universitarias. Así lo testimonia la carta que le escribe a Unamuno en 1929, cuyo contenido revela una impugnación hacia la generación de Coll, Dominici y otros, que debe verse, antes que como una opinión personal, como el signo de un nuevo ciclo histórico.

Como bien ha descrito Mariano Picón Salas los treinta y seis años de dictaduras, Venezuela se cerró sobre sí misma aislándose de la influencia exterior. En cuanto al reducido espacio intelectual de aquel momento, la circulación del libro extranjero —de procedencia francesa especialmente— no es un efecto paradójico del aislamiento, más bien se trata de una causa que condicionó a la literatura para que dejase de considerar los problemas inmediatos. Podría hablarse, entonces, de una doble censura: la ejercida desde el poder y la autoimpuesta. Frente al estrechamiento del horizonte cultural, piensa Picón Salas, los escritores y artistas tuvieron dos opciones: plegarse al conformismo oficial o revelarse contra él en la soledad o el exilio.

Optimismo ciego —escribe— y bien pagado y enconada amargura y corrosiva tristeza fueron así las notas dominantes del trabajo literario venezolano en aquel período³⁸.

37. Coll, por su lado, le remite a Unamuno un libro de Simón Rodríguez, sin especificar el título, presentando al autor como el «maestro del Libertador» y «uno de los espíritus más extravagantes y extraordinarios que ha producido mi país» (Madrid, 30-IV-1917).

38. Mariano PICÓN SALAS, *Formación y proceso de la literatura venezolana*, Caracas: Monte Ávila, 1984, p. 164.

Dos ejemplos al menos avalan la improductividad literaria en la que la función estatal sumió a los escritores. Pedro Emilio Coll y Manuel Díaz Rodríguez, en tanto miembros del Gobierno de Gómez, produjeron mucho menos comparado con el período en el que no participaron de la actividad política. Entre *El Castillo de Elsinor* de 1901 y *La escondida senda*, el último de los libros publicados por Coll, median veintiséis años, durante casi el mismo lapso Díaz Rodríguez sólo publica *Camino de Perfección* (1910), *Sermones Líricos* (1918) y su novela *Peregrina o el pozo encantado* (1924).

Tales constataciones nos impulsan a reiterar el interrogante sobre los motivos de la debilidad que muchos modernistas experimentaron hacia las dictaduras «organizadoras», ya que no se trata de un caso aislado, como podría pensarse de Venezuela, sino que la adaptación se repite en otros puntos del continente. Téngase en cuenta a José Santos Chocano, Enrique Gómez Carrillo y Rubén Darío expresando sus adhesiones al déspota Estrada Cabrera en Guatemala o Santiago Argüello a su sucesor Jorge Ubica; Díaz Mirón y sus encomios a Victoriano Huerta; con el tiempo Leopoldo Lugones y sus simpatías fascistas. El crítico Real de Asúa distingue, en estas manifestaciones del comportamiento político-social de los modernistas, el funcionamiento de una corriente de desprestigio del ideal democrático-liberal-burgués, cuyos antecedentes se remontan a los profetas del escepticismo y pesimismo históricos del siglo XIX (Bourget, Brunetière, Nietzsche, Burckhart)³⁹. En lo que respecta a Venezuela, Picón Salas ha observado que el positivismo, como corriente filosófica dominante, sirvió de apoyo para justificar en nombre de «la victoria biológica de los fuertes» la crónica dictadura. Sin variantes decisivas, este panorama se reproducía en distintas partes de Hispanoamérica.

Ahora bien, estas actuaciones no eran vivenciadas sin que mediaran ciertos conflictos, por más que no fueran formalizados en una manifestación pública. El epistolario por pertenecer intrínsecamente a la esfera privada, ofrece algunos testimonios de la experiencia interior que inducen a pensar que las relaciones con el poder no eran pacíficas. A veces hasta los mismos silencios sobre las cuestiones políticas se revisten de un contenido semántico, provocados por una represión del corresponsal, el temor a la violación de la correspondencia o, sencillamente, por una aceptación sin cuestionamientos del cuadro político. El caso más paradigmático y a la vez ambivalente es el de Coll. En 1916, desde Madrid en calidad de diplomático, hará alusión con más detalle sobre sus pasos en la actividad política. El hecho de que haya eludido hacerlo con anterioridad merece tenerse en cuenta:

Estaba en Francia —le escribe Coll a Unamuno—, como Cónsul de mi país, y ahora me encuentro en Madrid como Encargado de Negocios. ¡Yo diplomático! Cásame ello tanta sorpresa (comentada por una pequeña risa interior) como cuando desperté, en mi tierra, Ministro, Senador y... Académico de la Lengua⁴⁰.

39. Carlos REAL DE AZÚA, Modernismo e ideologías, en *Separata de Punto de vista*, n.º 28, nov. 1987, XXVII.

40. Madrid, 20-X-1916.

Esta revelación de las más altas investiduras aparenta una naturalidad que no es tal, a raíz de que años atrás en una autodefinición, Coll le había confesado a Unamuno que sus «simpatías revolucionarias» eran «anarquista sentimental y sin embargo amigo de la oligarquía de sabios» (carta desde Caracas en 1903). Confrontadas estas opiniones con la envergadura intelectual del Gobierno que integraba, no podían menos que apesadumbrarlo. Escribe Coll en la carta de 1916:

En tales momentos pensaba: Don Miguel de Unamuno me creará un arribista, como tantos. Lo que no dejaba de mortificarme. A lo que añadía su significativo silencio de Ud. mientras yo cruzaba pasajes tan peligrosos para la libertad intelectual⁴¹.

Después de todo el pasaje por la política no lo deja indemne, la improductividad y aquella «corrosiva tristeza» marcada por Picón Salas en ciertos escritores, serían algunas de las secuelas:

La verdad —sigue Coll— es que, defendiéndome en lo posible de las influencias ambientes, no poco enfermo estoy de cuerpo y alma. ¿Qué habría de escribir en tanto? ¿Sería Ud. tan bondadoso que me ayudara a sanar?⁴².

De tratarse de la «corrosiva tristeza», Coll nunca lograría curarse. La imagen de la enfermedad comporta un indicio de su silencio literario, que no es menos persistente que el que atraviesa su correspondencia. Este último silencio cabría clasificarlo en dos tipos: uno, el que interpone entre carta y carta, que en determinados tramos se mide en años, otro, consecuencia de lo que calla en el interior de sus cartas.

Por lo visto, Coll no suscribe plenamente un pacto de confiabilidad con Unamuno, causa, en última instancia, de que escriba en relación con su salida de España acusado de «alcohólico» y «enemigo de España», lo siguiente: «Es historia larga de contar y que Ud. conocerá algún día, cuando rompa mi silencio»⁴³. Decisión que el epistolario no registra. Merece la pena contrastar esta «afasia» con la libertad expresiva de Blanco Fombona, cuando a propósito de la destitución de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca le escribe una carta de solidaridad, cuyo «postscriptum» reza así: «De esta carta puede hacer el uso que le convenga. Yo nunca digo en privado lo que no diría en público»⁴⁴.

Asimismo los silencios de Coll admiten referirlos a una crisis que aqueja al venezolano, que habrá de conferirle al epistolario una constante tonalidad de aflicción. El inicio de la crisis se revela en una carta de 1907, después de cuatro años de interrupción epistolar, reanudada a instancias de Unamuno al enviarle sus *Poesías*. En ella Coll escribe:

Tal vez yo he cesado de estudiarme, y por consiguiente de ensancharme y de ahondarme (...) o al estudiarme me he perdido en mí mismo y no encuentro la puerta

41. *Ibidem*.

42. *Ibidem*.

43. Madrid, 1-IV-1922.

44. MARIO FALCÓN BRICEÑO, *op. cit.*, p. 56.

de salida para salir a la superficie (...) Ello es mi querido amigo que me encuentro hace algún tiempo incapacitado espiritualmente para organizar dos líneas, no digo literarias sino aun de cortesía epistolar⁴⁵.

La inadecuación al medio constituye otro tema recurrente en las cartas de Coll, no sólo en las que escribe desde Caracas, sino también en las que remite desde Madrid. El sentimiento de desarraigo forma parte de las experiencias de los modernistas, sobre todo si se toma en cuenta el rechazo a la creación artística por parte de las sociedades mesocráticas de las que provenían. Tratándose de Coll la pesadumbre es doblemente sentida, ya que su conciencia se escinde entre la vocación literaria y la función política.

En mi poder su última carta en que me demuestra —escribe en 1908— la pena que le causa mi estado de ánimo. Lo peor del caso, mi noble amigo, es que ese estado de ánimo angustioso e inconforme es lo mejorcito que tengo, pues si yo me encontrara tranquilo en medio de tantas calamidades juzgaría muertas mi sensibilidad y mi conciencia⁴⁶.

Ahora bien, en el extremo opuesto a los silencios sobre la situación política venezolana de Coll, se sitúa Rómulo Betancourt, como lo prueba la carta que le despacha a Unamuno desde su exilio en Santo Domingo. Betancourt es un joven de veintiún años, que padece las consecuencias del fracaso del movimiento estudiantil de febrero de 1929. Su edad, su condición de exiliado y la pertenencia a una juventud radicalmente opuesta a la dictadura de Gómez, le facilitan una exposición de los hechos políticos sin mediaciones.

Por otro lado, su carta muestra las aristas crispadas de un nuevo discurso político, cuya retórica adopta los referentes de la decadencia romana (llama a Gómez «Calígula de pacotilla», «Nerón en alpargatas», etc.). Como generación de relevo, la de Betancourt esgrime intenciones purificadoras que ayuden a despejar el espacio sitiado por los miembros de la promoción anterior. La impugnación viene precedida por una delimitación de reductos, representada en un «nosotros» y un «ellos», que denuncia las cotas de compromiso con el régimen. Escribe Betancourt:

Y los «otros», los que tienen conquistado un derecho a ser escuchados en América, dónde están?, me preguntará Ud., Maestro. ¡Ah! «ellos», son tan miserables (...) Pedro Emilio Coll, a quienes nosotros, con devoción cariñosa, dábamos el nombre espectacular de Maestro, pasea su prebenda de Inspector de consulados —en verdad de los hechos, Inspector de Espionaje organizado—, en camarotes de lujo, marginal e indiferente a la lucha desigual que sus hijos de ayer empeñaron; César Zumeta representa a la dictadura en la Farsa de Ginebra y en prosa claudicante (...) Pedro César Dominici hace cosa semejante e igualmente lastimosa, en Buenos Aires⁴⁷.

45. Caracas, 15-VI-1907.

46. Caracas, 30-VII-1908. En ese año, Coll, sin embargo, se esfuerza por producir literariamente. Trabaja en una tragicomedia a la que titula *Homunculus*, la cual hasta donde sabemos, no fue publicada en vida del autor. Coll atribuye a esta obra la capacidad de explicar a Unamuno su estado de ánimo.

47. Santo Domingo, febrero de 1929.

Los tres intelectuales contra los que arremete Betancourt gozan del «exilio dorado» de la diplomacia, actividad que usufructuó un buen número de modernistas. En ciertos casos, la diplomacia o el cargo público corrían en auxilio de los artistas ante la imposibilidad de profesionalizar la desprestigiada actividad artística. No obstante, como en un constante juego de contraposiciones, Blanco Fombona, con su largo exilio probó la existencia de otras opciones que garantizaran la independencia intelectual.

En idéntica dirección es posible ubicar a José Rafael Pocaterra, la otra voz disonante dentro del epistolario. Junto con Blanco Fombona, Pocaterra comparte una asunción de la actividad literaria como un desprendimiento de la vitalidad emanada de personalidades altamente apasionadas. Uno y otro colocaron a la literatura dentro de los moldes turbulentos de sus vidas, llevándola al vértice opuesto de las manifestaciones cuidadosamente esteticistas. A Picón Salas, la reciedumbre que caracterizó a ambos escritores, lo impele a integrarlos, con el escritor romántico Juan Vicente González, en una misma estirpe.

La carta de Pocaterra, que data del año 1923, y la de Betancourt coadyuvan a completar dentro del epistolario un cuadro de la situación político-cultural. Sus voces epistolares son portadoras de un discurso opositor gestado, aunque silenciado, en los bordes de la cultura oficial, esto es, del sistema de admisiones y prohibiciones que emana desde el poder. El discurso opositor se define tanto por el nuevo enfoque social como por un método histórico que pone distancia del sociologismo positivista, garante «filosófico» de la crónica dictadura. El propio Pocaterra lo manifiesta en la carta, al desacreditar a Valenilla Lanz y su libro *Cesarismo democrático*: «Majaderías e inculturas de esos letradillos que estudian una cosa que han dado en llamar ciencia sociológica a 3,50 pesetas el tomo». Esto último en alusión a las ediciones que provenían desde Barcelona y que inundaron las librerías hispanoamericanas⁴⁸.

Es necesario recordar que para los años en que Unamuno recibe estas cartas, España se encuentra bajo la dictadura de Primo de Rivera (1923-1929), y él mismo se halla autoexiliado. De manera que, aun sin saber si las cartas de Betancourt y Pocaterra obtuvieron respuestas, existen ciertos indicios que sí lo harían suponer, como es la idéntica condición de marginalidad que soporta Unamuno al igual que los dos venezolanos. Pero en el caso de Pocaterra, se sabe al menos que la relación continuó años después, pues le remite a Unamuno, en 1928, sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Unamuno leyó este libro con enorme interés, como lo demuestran las anotaciones de puño y letra que hizo en las páginas del mismo. En esas inscripciones queda la sospecha de que Unamuno tenía una opinión formada sobre sus corresponsales venezolanos actuantes bajo la dictadura. En la página número setenta del tomo primero de sus *Memorias*, Pocaterra escribe:

48. Montreal, Canadá, 11-X-1923.

Los hombres de pluma de Venezuela, con muy raras excepciones, son el estado mayor de la desvergüenza; carecen de ánimo, de concepto exacto, de respeto propio, de dignidad⁴⁹.

Pues bien, al margen del párrafo Unamuno anota los nombres de «Coll», «Díaz Rodríguez», «Parra», «Fombona», «Zerega», «Zumeta», «Fortoul». Para entonces, con el único venezolano que mantenía correspondencia es con Pedro Emilio Coll, sin embargo, hasta la carta del 31 de enero de 1928 puede darse por recíproca la misma. En esta carta Coll agradece los conceptos vertidos por Unamuno sobre *La escondida senda*, el libro de breves ensayos de Coll de 1927.

Una vez en Venezuela, Coll envía dos cartas más, las últimas, que por sus términos es fácil deducir que Unamuno no las respondió. El hecho no cobraría interés a no ser que en la primera de esas cartas (Caracas, 3-X-1934), Coll le comunica a Unamuno que ha sido presentado como miembro correspondiente a la Academia Nacional de Historia de Venezuela. En la última carta del epistolario (Caracas, 11-V-1935) Coll vuelve a trasmitirle su designación como miembro correspondiente y dando por hecho que Unamuno ha recibido el diploma que lo acredita. No obstante, se muestra sorprendido de que Unamuno no haya dado noticias de que tal documento esté en su poder. Ahora bien, el diploma fechado el 23 de noviembre de 1934 llegó a las manos de Unamuno, pero nunca —hasta donde sabemos—, respondió agradeciendo la distinción, que por tratarse de tan alto galardón de un país hispanoamericano resulta sumamente extraño que no lo hiciera. Aquí es donde se abren ciertos márgenes para proponer una que otra conjetura, atendiendo al conocimiento que el español poseía del contexto político venezolano, por medio de Betancourt y Pocaterra.

No parece probable que Unamuno guardara silencio por desidia, o porque se le hubiese pasado la «epistolomanía», como solía decir por entonces, más bien se podría sospechar que, si no contestó a Coll pero sí a la Academia, el silencio recaía sobre su antiguo amigo venezolano. En el supuesto caso de que no acusara recibo ni a Coll ni a la Academia, su silencio cabría interpretarlo como una protesta contra los miembros regiminosos de la Academia venezolana.

EL MOVIMIENTO LITERARIO

La más frecuente red de vinculaciones practicada entre Unamuno y sus correspondientes venezolanos (e hispanoamericanos en general), especialmente durante el tiempo en que Unamuno se ocupó de la literatura hispanoamericana en la revista *La Lectura* de Madrid (1901-1906), consiste en una carta y la remisión del libro y una probable crítica de Unamuno en la revista. En otras ocasiones la misma carta de Unamuno enviada en respuesta al autor servía como texto crítico que el destinatario se permitía publicar en algún medio de difusión literaria. Es el caso de Coll o Blanco Fombona, que dieron a conocer cartas de Unamuno en las páginas de

49. José Rafael, POCATERRA, *Memorias de un venezolano de la decadencia 1898-1908*, t. I, Bogotá: Ediciones Colombia, 1927, p. 70.

El Cojo Ilustrado. No pocos inconvenientes traerán a Unamuno este tipo de indiscreciones.

Ahora bien, en un «autorretrato» intelectual que Pedro Emilio Coll diseña para Unamuno, en la carta del 5 de mayo de 1903, puede ser tomado, *mutatis mutandis*, como una descripción sintética del ambiente espiritual modernista. Efectivamente, la mirada sobre sí mismo de Coll permite entrever aquellos componentes formativos que operaron durante el período modernista: 1) el autodidactismo, 2) las preferencias políticas que oscilan entre una «simpatía anarquista» y una tendencia a la «aristocracia de los sabios», 3) las adhesiones literarias, preferentemente francesas, 4) los deseos de pasar largas temporadas en Europa⁵⁰. A propósito de la amplitud de afiliaciones literarias y filosóficas que reconoce Coll, no hace más que remarcar el carácter polivalente de las expectativas de lecturas de los modernistas, asimismo pone de manifiesto la fluidez del movimiento editorial de procedencia europea en Venezuela.

El valor del testimonio de Coll reside en el papel directriz que desempeñó dentro del modernismo venezolano, evidenciado en su gestión al frente de *Cosmópolis* y luego en su participación en *El Cojo Ilustrado*. Su mirada sutil y atenta sobre la actualidad literaria y filosófica contribuyó a ventilar un debate de ideas en torno a la modernidad literaria en Hispanoamérica. Asimismo, su relevancia tanto como su prestigio oficial de nexos entre los corresponsales modernistas y Unamuno, prueba de ello son las oportunidades en las que su nombre circula como una referencia.

No debe sorprender, empero, que uno de los más finos defensores de la literatura francesa fuera capaz de mantener un diálogo epistolar tan extenso y matizado con quien había hecho de la «galofobia» una bandera de combate, sobre todo tratándose de la literatura hispanoamericana. El intercambio fue posible, al margen de las afinidades personales que sin duda existieron, en virtud de que ambos compartían una posición común en cuanto a las influencias literarias. En efecto, Coll en su ensayo «Americanismo y decadentismo» había expuesto su rechazo a valorar las influencias extranjeras como un obstáculo para el americanismo. Unamuno, por su lado, en la crítica que hizo de *El Castillo de Elsinor*⁵¹ además de darle la razón, agrega que gracias a la influencia francesa los pueblos americanos iban ingresando en el pensamiento europeo.

Un breve repaso de los nombres de escritores y filósofos señalados por Coll en la carta del 5 de mayo de 1903, confirma la presunción unamuniana, ya que junto a renombrados franceses figuran otros de diversas nacionalidades europeas. En síntesis, lo que más ásperamente Unamuno censuraba a los escritores hispanoamericanos era la atención exclusiva que prestaban a la producción literaria francesa.

Igualmente, tanto los modernistas como Unamuno coincidían en otro punto: haber observado que la literatura española había quedado presa de una retórica

50. Caracas, 5-V-1903. Algunos de los autores que Coll menciona son: Unamuno, Barrés, Lemaitre, A. France, Verlaine, Silva, Casal, Gutiérrez Nájera, Hugo, Nietzsche, etc.

51. Miguel de UNAMUNO, El libro de un crítico venezolano, en *Obras Completas*, t. VIII, p. 172.

perimida, aunque unos y otro fundaran la premisa desde andariveles distintos. Sin embargo, existía un juicio en el que Unamuno se mostraba irreductible ante la literatura hispanoamericana. Jamás dejó de alegar en favor de una expresión literaria que diera cuenta de la especificidad americana, en cuanto a la tierra, la patria, las costumbres, la idiosincrasia. No es de extrañar, entonces, que fuera tan implacable en sus evaluaciones negativas hacia las obras que recogían las experiencias de un imaginario forjado en vivencias «parisinas», reales o librescas. Esta tendencia a lo natural frente a lo artificial, cuyas resonancias románticas son notorias, induce a Unamuno a leer con entusiasmo los libros que mejor reflejen el «alma popular»: la poesía gauchesca, la prosa de Sarmiento, la literatura de lo típico y lo vernáculo. Así es como traza una línea demarcatoria que deja de un lado obras como *Oro de alquimia* de Alejandro Fernández García o *El triunfo del ideal* de Dominici y las novelas *Ídolos rotos* y *Sangre patricia* de Díaz Rodríguez, de otro.

En una carta al escritor español Bernardo G. de Candamo, opinaba Unamuno:

El libro de Dominici es más que flojo; no es nada. En cambio *Ídolos Rotos*, siento sentir de usted, tiene páginas fuertes, es grandemente instructivo, respecto a lo que en América pasa y su final es vigoroso. A mí me ha gustado, aun reconociendo sus errores. Es al fin algo visto y sentido por el autor mientras que lo de Dominici es extracto de lecturas de Nietzsche y D'Annunzio, todo ello trascendiendo a artificio y falsía⁵².

El libro de Fernández García, *Oro de alquimia*, habrá de suscitar una ácida polémica entre el venezolano y Unamuno, con motivo de cierto juicio que este último emitió sobre la obra en cuestión. Unamuno había escrito en *La Lectura*:

Oro de alquimia se titula una colección de siete relatos, algunos preciosos, del venezolano Alejandro Fernández García, y alquimia, en efecto, me parece mucho del oro —cuando lo es— literario americano, y de alquimia ejercida a la boca de la mina de oro nativo⁵³.

La opinión de Unamuno aparece publicada en enero de 1901. Meses después, Fernández García le escribe una segunda y última carta, en la cual deja traslucir su enojo, que termina por empalidecer algunos conceptos correctamente planteados sobre el estado de la literatura hispanoamericana y española.

Con todo, Unamuno antepuso los términos destemplados con los que Fernández García se refirió a él y, en consecuencia, elude manifestarse sobre el fondo de la discusión. La correspondencia se interrumpe, aunque en dos artículos posteriores Unamuno aludirá a las cartas de Fernández García. En 1903 escribía:

Conservo una carta de un joven escritor venezolano en que me declara que he perdido a sus ojos y he caído del pedestal en que me había puesto, por una leve

52. Miguel de UNAMUNO, *Epistolario inédito*, op. cit., t. I, p. 93.

53. Miguel de UNAMUNO, Preámbulo. Una novela uruguaya. Ariel de J. E. Rodó, en *Obras Completas*, t. VIII, p. 98.

indicación que hice respecto a un libro suyo, dejando entrever que el tal libro me pareció, y sigue pareciéndome, una obra mediana y sin valor⁵⁴.

En «La envidia hispana» (1909) vuelve sobre la actitud de Fernández García, sin nombrarlo y esta vez con mayor dureza:

Conservo dos cartas de cierto mocito venezolano. En la una me adulaba de una manera vergonzosa, de una manera de hacer que se ruborice otro menos curtido que yo a estos engañosos halagos, y en la otra me insultaba diciéndome: «Español al cabo! ¡Bien sabía yo que si se le sacudiera soltaría bellotas!». Entre una y otra carta medió un brevísimo juicio, muy breve, dos líneas, de cierto libro del mocito. Y no le dolió el fondo del juicio, que nada tenía de duro, sino su brevedad⁵⁵.

La discusión entre ambos debería haberse ceñido a los planteamientos que había hecho Fernández García sobre la literatura española, el cosmopolitismo literario, el «estilo americano», etc. No obstante, su enfado lo ciega y en aquella segunda carta lo llama a Unamuno «patriotero» y a sus críticas «agrias bellotas»⁵⁶.

La polémica con Fernández García ilustra la excesiva firmeza y sinceridad con las que se manifestaba Unamuno. A la vez, realza el hecho de que el español mantuvo constantemente su convencimiento de que la literatura debía ser el producto del espacio en la que surgía. Tal vez, por ello estaba seguro que Díaz Rodríguez se granjearía enemigos en Venezuela por su libro *Ídolos rotos*, al ser reflejo de ciertos vicios de la sociedad venezolana.

Tiene Usted razón —le escribe Díaz Rodríguez— en suponer que me he creado con mi libro muchos enemigos en Venezuela. Así ha pasado, y yo de antemano lo sabía. No podía ser de otro modo porque hay muchos que viven de los males que denuncio en mi novela⁵⁷.

Otro de los roles con el que se enviste la correspondencia dirigida a Unamuno es la de franquear su amistad. Es lo que sucede con el poeta Arreaza Calatrava, quien, hacia mediados de 1909, es enviado a Santander en calidad de cónsul del Gobierno venezolano. Arreaza Calatrava trabará su relación con Unamuno por intermedio de una carta de presentación de Pedro E. Coll. En ella lo define como «una mente con vista hacia los cuatro puntos cardinales, un ancho corazón y una finísima sensibilidad»⁵⁸.

La correspondencia entre Unamuno y Arreaza Calatrava abarca dos años, aunque la brevedad del tiempo se equilibra con la intensidad de la prosa epistolar del venezolano. Las cartas de Arreaza dan cuenta de algunas facetas del proceso de

54. *Ibidem*, t. VIII, p. 202.

55. *Ibidem*, t. IV, p. 421.

56. En 1903 Fernández García había dado a conocer un artículo en *El Cojo Ilustrado* en el que volvía sobre los mismos temas, permitiéndose transcribir un párrafo de una carta de Unamuno dirigida a él, para volver a criticarlo. FERNÁNDEZ GARCÍA, A un viejo literato, en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, n.º 284, 15 set. 1903.

57. Caracas, 25-VII-1901.

58. Caracas, 24-VII-1909.

gestación de su producción poética, especialmente la del poemario *Cantos de la Carne y del Reino Interior*, libro que le hace llegar a Unamuno en 1911 y año, además, en el que concluye la comunicación. Juntamente con las muestras de una sensibilidad, por momentos exacerbada y en otros de una franca voluptuosidad, Arreaza desliza una vigorosa vocación patriótica. Cada una de estas facetas de su sensibilidad encuentra su cauce en *Cantos de la Carne* y los *Cantos civiles*, producciones poéticas durante su estancia en Santander. Con todo, resulta llamativo que en lugar de hacerle conocer a Unamuno sus *Cantos civiles*, pusiera a su consideración el otro libro de poesías. Conciente de las inclinaciones literarias del español, le advierte que envía sus versos

con cierto temor proveniente de que él (se refiere al libro *Cantos de la Carne*) en su mayor parte y por la impureza de mi sentir, no estará en armonía con las claras y profundas corrientes de su espíritu⁵⁹.

CONSIDERACIONES FINALES

En primer lugar, es preciso reconocer que el estatuto genérico de la carta es ambiguo, de donde resulta su conversión en una fuente plurivalente para conocer, desde pormenores de la vida cotidiana hasta la psicología o datos biográficos de un autor. Por ello son diversas las disciplinas que la adoptan como objeto de estudio, por ejemplo, la historia, la historia literaria, las teorías del sujeto, la sociología literaria, etc. Con todo, la estimación de las respuestas que ofrece el epistolario venezolano atañe al espectro de interrogantes que se suscita desde una historia cultural, al contribuir estas cartas, aun con el fragmentarismo que las informa, a reconstruir un determinado estado de la cultura venezolana.

Las cartas son discursos que dan cuenta de la realidad por medio de visiones interiorizadas, alentadas por la privacidad y en muchos casos, antes de que alcancen a tomar forma pública, incluso así nunca con la espontaneidad como cuando fueron emitidas en el género epistolar. La intimidad en que se producen no admite el funcionamiento del régimen de fórmulas estatuidas que reglan la actuación pública. Así pues, el valor de estas cartas no estriba tanto en el aporte novedoso que brindan sobre el período modernista como por el conocimiento complementario que brindan en cuanto a los procesos internalizados de la experiencia literaria en un tiempo pletórico de conflictos culturales.

Respecto del modernismo y su relación con España, pese a que el epistolario no arroja datos capaces de provocar una variación de ciertos supuestos con los que se han movido los estudios sobre el modernismo, suministra elementos suficientes como para abundar en la constatación de algunas hipótesis planteadas desde hace tiempo o formula algunas nuevas. En punto al sentimiento antiespañol que pudo animar a los miembros de la promoción modernista, debe restringirse exclusivamente al ámbito de las letras, cuando lo hay, ya que en todos los demás

59. Santander, 24-V-1911.

órdenes las muestras sobre una revalorización del papel de España en la órbita cultural de América son tan frecuentes como efusivas en el epistolario.

El hecho mismo de que Unamuno conquistara una vasta difusión entre los jóvenes hispanoamericanos, tanto de los de la generación de Coll como de Betancourt, refuerza la idea sobre una predisposición benévola en ellos hacia España. Claro está que la empresa unamuniana de extender su público fuera de las fronteras españolas entra en los marcos de lo excepcional, aunque su esfuerzo se vio recompensado con el liderazgo que alcanzó dentro del movimiento intelectual hispanoamericano. En este último sentido, el epistolario venezolano no queda fuera de las pautas generales.

Por otra parte, aquel «galicismo mental» no fue un obstáculo para que la admiración de los corresponsales modernistas se viera resentida. Debe recordarse que Unamuno llevó adelante una verdadera campaña, una más de las tantas por él emprendidas, en favor de una expresión literaria más genuinamente hispanoamericana, en abierta oposición hacia la influencia francesa. No existe ninguna razón para descartar, entonces, su influjo en el debate dentro de las filas modernistas y fuera de ellas sobre la búsqueda de una forma y contenido literarios en los que se percibiera lo americano.

Algunas de las cartas que abordan la figura de Bolívar ponen de relieve la importancia adquirida por una historiografía centrada en la actuación de personajes descollantes. Asimismo, visto al trasluz de la situación político-cultural de Venezuela en aquella época, la reconsideración de Bolívar se edifica desde planos contradictorios. Con la salvedad de Blanco Fombona, el resto de los corresponsales que aludieron a Bolívar convinieron en aceptar la historia como un recurso evasivo, si se quiere, del presente dictatorial. Fueron miradas autocomplacidas sobre la heroicidad de un tiempo pretérito, de donde, sin embargo, no se extraían premisas para juzgar el presente degradado. «Narcisismo del pasado», como llama Picón Salas a esa historia heroica, alentada por los mismos dictadores ante la necesidad de crear una veneración hacia los próceres, como una manera oblicua de reforzar la teoría de los «hombres fuertes» de la que ellos se creían parte.

Concatenado con lo anterior, es por demás evidente la manera exaltada con la que Betancourt y Pocaterra conciben sus cartas, razón por la cual se destacan del resto del epistolario. La explosión de la opinión en la esfera privada pareciera ser la consecuencia de la contención a la que se han visto sometidos en el orden público. Como dos fuerzas contrarias, la presión entre lo público (censura) y lo privado (oposición) redobla la intensidad discursiva de las cartas. De todas maneras, particularmente en el caso de Coll, las relaciones con el poder no fueron vividas pacíficamente, sino que por el contrario las crisis, los autocuestionamientos interiores o la improductividad literaria, pueden contarse entre sus secuelas.

LAS CARTAS VENEZOLANAS

Criterio de la edición

El criterio que se ha seguido en esta edición ha tendido a preservar los hábitos de escritura utilizados por los corresponsales, a pesar de que en ocasiones ello entre en colisión con las reglas tanto ortográficas como gramaticales.

No están, por otra parte, todas las cartas enviadas por venezolanos, puesto que las que han sido excluidas no guardan el interés que justificara su publicación.

En lo que respecta a las cartas de Rufino Blanco Fombona fueron recogidas en una edición de 1968 por Marcos Falcón Briceño y de ella nos hemos valido para las citas del tal epistolario cuando ha sido necesario.

Al final se han incluido, como apéndices, los libros de autores venezolanos que se conservan en la Biblioteca Personal de Miguel de Unamuno, así como también los artículos o ensayos en los que éste se ocupó de las letras venezolanas.

Por último, el presente trabajo constituye un aspecto de un proyecto mayor que abarca la totalidad del epistolario hispanoamericano y que ha sido llevado a cabo gracias al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina.

[JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA]
(1885-1970)

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Consulado en Santander

Santander, 15 de junio de 1909

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi Señor Don Miguel:

Cuando al subir al tren en Caracas, mi amigo Pedro-Emilio Coll me dio una carta de presentación⁶⁰ para Vd., sentí la impresión de un chicuelo á quien se le promete un admirable espectáculo.

Gusto del juego olímpico de las ideas, las pruebas de fuerza del músculo metafísico constituyen mi mayor placer, el único placer que ya en mí no produce dolor. Ay! si yo no fuera tan débil!- La bondadosa carta de Coll (quien mucho me quiere) le ofrecía á mi alma una hermosa ilusión de fuerza. Iba yo á ver muy de cerca al ágil y fuerte Don Miguel de Unamuno, á oír de sus labios la palabra viva, á recibir la impresión franca de su individualidad. La visión del misterio interior es incompleta, a través de las páginas de los libros. Todo arte es composición, y hasta en el escritor más ingenuo y sincero se adivina la actitud del arreglador hábil que adapta a las costumbres y gustos de tal país ó región las producciones notables del teatro extranjero. Yo le he leído a Vd., que vuelca tan notablemente sobre el papel estrecho su desordenado y admirable espíritu. (Ese admirable desorden de su espíritu es de mi agrado. Su manera de ser lógico me parece del mejor gusto). Le decía, mi Señor Don Miguel, que lo había leído a Vd. como buen americano que soy, y que en cierto modo ya le conocía, conocimiento muy relativo que para extenderse por las regiones de mi alma, con la sensación de lo absoluto, necesitaba el contacto del verbo, del verbo saliendo de los labios con el calor del corazón y en vuelo infinito.

Pero los deberes de mi cargo me privan por algunos días de ese conocimiento de Vd., de esa ilusión de fuerza que en Vd. encontraré para avalorar mis ofrendas al ideal, á mi ideal que me está pidiendo todas mis sangres. Ilusión de fuerza, fuerza para el dolor y el sacrificio. Fuerza que ahogue en mí los pequeños egoísmos, las pobres vanidades. O mejor, fuerza que dé dirección fecunda á mis egoísmos y á mis vanidades, pues soy vano y egoísta como pocos.

La carne es imperecedera cuando somos capaces de trocarla en substancia espiritual, de hacerla hostia. El ideal de carne hecha espíritu. Necesitamos de su presión

60. Carta de Pedro-Emilio Coll, Caracas, 24-VIII-1909.

afectiva, para realizarlo, para que él se realice á través de nuestras acciones. Como no soy un místico, ni voy a meterme monje, debo acostumbrarme á los choques incómodos de esta baja vida, que bendita sea ella, debo tener el oído abierto á todos los gritos humanos, debo aventurarme en todos los problemas sociales (sobre todo el del estómago. Bienaventurados los pobres...) debo mostrarme paciente en los parlamentos, en las plazas públicas (y de toros), y en la tribuna de la Prensa (hasta hacerme tribuno, Señor Don Miguel), debo sufrir mucho... puesto mi corazón sobre el de la Patria!

Por la Patria vengo a esta mi vieja España! Mándeme, respetado Maestro y hágame el honor de tenerme por amigo

J. T. Arreaza Calatrava

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Consulado en Santander

Santander, 3 de Setiembre de 1909

Señor D. Miguel de Unamuno

Bilbao

Mi Señor y amigo:

Leí su bondadosa carta contestación a la mía, que fue por cierto fechada en Junio, cuando debió serlo en Agosto.

Iré a Bilbao, á visitarlo y á oirlo a Vd.

Bajo el mismo sobre de esta, va un recorte de «El Cantábrico», contentivo de unas cortas lineas de presentación a la Prensa.

No va mal un espíritu en esta ciudad del Norte de España. Lluve un poco, el cielo de mi Patria es más azul y despejado, no hay aquí manifestaciones de arte ni de pensamiento, pero estas cosas un poco tristes me convencen, pues sin hacerme sentir la amargura de un destierro, —porque vivo en tierra española— me dan cierta sensación de aislamiento que me obliga á recogerme mejor en este mi suave duelo de siempre, y también á orientarme... ¿Que qué es eso de orientarse uno? Es que yo quiero tener la ilusión de que yo voy a un fin, a una cosa concreta que está en mi Patria. ¿Visión de mi vanidad? ¿Necesidad de cierto método en el juego desordenado de las ideas? ¿Deseo trascendente de no morir del todo? ¿Anhelo de sentir algo «romántico» en quien vive frío, porque los pequeños romanticismos ya se fueron, y aunque volvieran sólo me calentarían en un punto del alma? ¿Pose inconsciente, por el hábito de pequeñas mentiras conscientes?

Yo no podré ser nunca sincero, porque soy incapaz para exteriorizarme.

Solo le puedo decir a Vd. que conviene ver la Patria desde lejos, en conjunto, en grande. La vanidad arrastra toda el alma a un detalle que la absorbe. Y se dice uno: yo no puedo vivir en este país donde nací. Vanidad! Tonterías! Pues bien! es necesario poder vivir en ese país, hacer que ese país viva en uno. El alma está hecha para eso, no de azucarrillo sino de hierro.

Conocí a Pérez Galdós. Me agradó mucho, por su gran sencillez de vida y de carácter.

Me dicen que los jesuitas dominan aquí.- Yo creo que España, por salvarse no puede ni debe aniquilarse a sí propia en sí, pero... Por lo demás, los jesuitas tienen grandes méritos, y los admiro.

Su amigo y servidor
J. T. Arreaza Calatrava

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Consulado en Santander
Santander, 3 de octubre de 1909

Señor D. Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca

Apreciado amigo y maestro:

Le envío versos míos: mi oda al Catolicismo⁶¹.

No he recibido carta de los amigos de mi tierra. Aquí, de vez en cuando me agarra el corazón la nostalgia, pero ya me iré acostumbrando, y ganaré mucho en voluntad.

Las cosas de Venezuela bien. Ojalá me ponga yo en capacidad de hacer algún día algo por mi pobre patria. Yo no creo en nada; pero se me salen las lágrimas con amor y con delicia, cuando pienso en mi país, especialmente cuando *veo* el paisaje natal. Y a eso es algo.

Usted me recordó mucho á Coll. Marcado aire de familia espiritual! En Venezuela es el que más se le parece.

Con haberle oído a Vd., tengo la creencia de que veo mejor la fisonomía del «alma española», —aquella alma española que tanto me interesa: la de Loyola, el Quijote, Felipe II... Mucho fuego, mucha sombra, —fuego de fé y de duda según los tiempos, y muchas veces á la vez fuego de fé y de duda; sombra de sus fábricas teológicas, que convertidas en laboratorio por el siglo 20, tienen todavía apariencia de laboratorio de monje alquimista. Una gran aptitud para la acción, hacia adentro —Acaso las hazañas inmortales con que nos hace sonreír la pluma de Cervantes, no son la expresión exacta y verdadera de las aventuras realizadas en los campos del espíritu caricaturadas en las páginas del libro por la luz del sol que se burla de la fatal miseria de la obra humana?.

Siento no poderme marchar á Salamanca á ser su discípulo. —Ello me daría más que cien años metido en una biblioteca.

Va un paquete con periódicos contentivos de una publicación sobre el Gral. Castro.

Trasladé mi oficina a un local más propio. En este departamento de la Calle de Calderón, 25, 1.º tengo habitación y comida. Cuando venga a Santander, honre mi casa hospedándose en ella.

Su amigo q.b.v.

J. T. Arreaza Calatrava

P.D. No le envío el periódico a los señores que tuve el gusto de conocer en Bilbao, porque no recuerdo sus nombres.

61. El manuscrito de «Oda al Catolicismo» se conserva en el Archivo Miguel de Unamuno. La versión publicada en *Odas la triste y otros poemas* (París: Michaud, S.A.) difiere en mucho de esta primera.

EL CÓNSUL DE VENEZUELA EN SANTANDER

Santander, 12 de marzo de 1910

Señor D. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad de Salamanca

Mi querido maestro:

Ya veo por los periódicos de Madrid que el tribunal de la opinión pública falló en contra de «la Difunta», por «no estar de acuerdo sus sentimientos con los del autor de la obra». Como ya me lo esperaba, sonreí á la noticia.

Vd. no es un «autor para multitudes», y al decir esto no trato de encerrarle en una *torre de marfil*. Como toda expresión es imperfecta, digo mal cuando digo que fulano de tal no es un autor para multitudes. ¿Qué entendemos por multitudes?. Baste figurarnos la sala de un teatro y la composición de su público: un 40% de gente sin ninguna cultura, que va a reír los chistes crudos y á llevar los dolores también crudos, otro 40% de gente que lee poco y mal y que se figura que piensa y el 20% restante, de escritores y artistas con vanidades, ideas y gustos distintos. Todo autor dramático aspira á ser aplaudido. Una vanidad de buena ley!. La mayor satisfacción para quien escribe para el teatro es sentir resonar en sus vidas ese aplauso espontáneo del alma de la multitud, alma constituida por un 10% de sentir artístico, un 40% de espíritu social y un 50% de instinto de imitación. Esa satisfacción es muy explicable, por lo elevada, tratándose de un sembrador de ideas, quien las diluye en la corriente afectiva que brota de la escena, para que el público los acoja en su espíritu.

Lo malo es que los cultivadores de *ideas silenciosas* como Vd., no tienen la ventaja de los oradores, personas provistas de sonoros cobres y de resistentes pulmones. Sin embargo, vale más el triunfo de los silenciosos. Por otra parte, el arte teatral es todo convención. Es un arte «imperfecto», —afirmación esta por cierto algo pedantesca, porque las artes no son perfectas ni imperfectas. Son más o menos perfectos sus productos. Diré que la imperfección está en la técnica, susceptible de progreso, y diré también que todo arte es convencional.

Si sus sainetes no obtienen éxito en la escena, serán siempre leídos con el interés que inspira todo producto del espíritu de Don Miguel de Unamuno.

Además, bien puede ocurrir que Vd., a fuerza de ser muy ágil en el manejo de los «resortes teatrales», consiga hacerle creer al público que «sus sentimientos están muy de acuerdo con los del autor de la obra».

Qué relativo es todo!

A otra cosa: Coll se está ocupando de su discurso de recepción en la Academia. Se propone tratar acerca de un curiosísimo autor del siglo XVIII, *Ramón Campos*, y me encarga preguntarle á Vd., en su nombre, si conoce á «ese señor y á su libro»

«Origen de la desigualdad personal de los hombres en la sociedad civil». El tal Campos es una especie de Enciclopedista, un Anti-Rousseau, enemigo de la famosa «vuelta a la naturaleza» (?). Menéndez Pelayo en su extensa *Historia de los heterodoxos* cita su nombre, muy de paso, en una nota, como un autor de una *Lógica*.- Coll me habla de una obra que no ha podido encontrar: «Sempere y Guarinos»: Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III, donde es posible que se diga algo de aquel raro señor. Bien⁶².

Yo, no me siento aquí mal de espíritu. Esta gente es un poco seca, pero me parece más seria que la de mi tierra. Vds. los vascos tienen cierta sequedad que no es otra cosa que sensibilidad reencontrada. Entre vds. y los santanderinos parece que hay alguna diferencia. Ustedes son fuertes y han producido cosas grandes: ahí están sus tipos representativos. Esta gente sólo cuenta con un *poeta*: Pereda y con un clásico hombre de pensamiento: Menéndez Pelayo. No sé por qué, pero no me entusiasman. Cuentan también con algunos hombres de ciencia.

No me parecen muy audaces en el vuelo ideológico. Su espíritu no es muy trabajador. La inocente vanidad literaria asume en ellos la forma dramática, es decir, que *hacen* dramas (y comedias también). He asistido aquí á algunos estrenos. Pocos son los que hacen versos. Naturalmente, serían muy medianos poetas.

La poesía del sur de España está llena de color y de frescura sensorial. La castellana es de una gran intensidad espiritual. No conozco la santanderina. Sin embargo, un puñado de bellas flores líricas no desacredita los demás productos de una región.

He rehecho mi «Oda al Catolicismo». De ningún modo habrá quedado como Vd. la conoció; pero de mucho me han servido sus indicaciones. Gracias! Trabajo en mis «Cantos Civiles».

Sobre la cuestión métrica, le hablaré una tarde, con el propósito de oírle mejor

Su amigo que lo admira

J. T. Arreaza Calatrava

62. La conferencia aparece publicada bajo el título de El anti-Rousseau español, en Pedro-Emilio COLL, *La escondida senda*, Madrid: Espasa-Calpe, 1927.

Santander, 22 de abril de 1910

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido Maestro:

Desde hace días tengo intenciones de escribirle, pero no lo he hecho por pereza. Trato de desterrar de mí este pecado de la pereza, pero no lo consigo, porque encuentro que al tratar de ahondar en su psicología me convierto en su alcahuete. De todos modos, algo podrá la voluntad no muy poderosa, como es la mía. La pereza, como todas las cosas, es muy compleja. Muchas veces se encuentra uno con fuerza para desquiciar un sol, y no los tiene para mover una pluma. Lo malo es que uno no mueve soles. Pero, de seguro, si uno se atreviese á mover la pluma, esta se convertiría —a lo menos delante de la propia mirada— en un sol chico y corredizo.

En fin, D. Miguel quería escribirle diciéndole que habría asistido con mucho gusto a las fiestas consagradas al fraile poeta, autor de la *Cristiada*, en Salamanca. Ese fraile me encanta. Tengo á ratos delicadeza de místico. Como me veo muy solo aquí, y yo soy un espíritu solitario, no me siento inepto para sentir esos vuelos del espíritu religioso tan poéticos por naturaleza. Por lo demás, soy muy poco religioso: el sentimiento del Infinito no me tortura y la conciencia de la vanidad del todo no me ha poseído todavía.

No sé si Vd. publicará en la prensa su discurso que me dispongo á leer.

De su «Mi religión y otros ensayos» hubiera querido decirle unas cuantas tontearías, pero ¿con qué objeto?. Vd. es un espíritu anarquista en religión. Para mí el anarquismo excluye toda farsa. Quiero decirle que Vd. es un espíritu sincero. Lo más característico en Vd. es su negativa á todo «encasillamiento». Todo encasillamiento es una limitación; y uno es *algo indefinido*. En uno lo infinito y lo indefinido se confunden. Yo no creo que la acción de bracear en el infinito sea infecunda.

El anarquismo, la idea pura del anarquismo, es, en sus más perfectas encarnaciones como un avance de ese estado de solidaridad humana en que ya no existen intereses opuestos, en que todo se integra en una unidad de diamante, libre de las blanduras malsanas del egoísmo y de la vanidad. En el camino de ese anarquismo se llegará á tal perfección que ya no se cree en la vanidad del todo.

Su libro de viajes «Por tierras de Portugal y España» me ha hecho sentir á Portugal. Estoy en disposición de espíritu propia para informarme de cosas más detalladas sobre la tierra de Guerra Junqueiro.- Me he puesto á leer a este poeta y a Castello Branco. Guerra Junqueiro tiene sin duda mucha sangre semita en las venas. Da muy bien las notas de fuerza y de rudeza.- «Amor de perdición» es verdaderamente una cosa admirable. Me parece justo lo que usted apunta sobre el carácter representativo de ese poema novelado. Aquello está escrito con sangre, no es una vaga melodía de *saudade*.

Del libro de Vd. algo de lo que más me gusta son los párrafos sobre el paisaje gallego. Como es costumbre mía leer las cosas de tal manera que siento que las estoy creando que gasté unas cuantas noches en su lectura. Aunque Vd. me inspira cierto temor yo le quiero a Vd. por su intensidad de espíritu. Naturalmente yo tengo en mi espíritu cosas distintas que cada día se hacen más precisas. La lectura de los espíritus fuertes me fortifica el espíritu. Siente uno como si las fuerzas del enemigo viniesen a engrosar las propias.

Leo mucho a Ibsen, Brand, es su obra suprema; Qué cosa tan terrible!

Tengo, Don Miguel, ganas de meterme á dramaturgo.- Me prometo escribir un drama de ambiente español con vistas a nuestra *alma nacional* ó la que sea. Después escribiré una tragedia en verso á *García Moreno*. El Dictador ecuatoriano es sustancia trágica admirable. Nuestro venezolano Guzmán Blanco, comparado con él, es de la sustancia blanda y pegajosa con que se afilaba los mostachos, todo esto será cuando termine la publicación de dos volúmenes de versos. El primero ya lo estoy editando en Madrid.

Leí su artículo sobre Costa publicado en Nuevo Tiempo.- Menéndez Pelayo á pesar de su prosa «rozagante» que supone en él algo de númen, no llega á poeta en mi concepto. Sus traducciones del griego me gustan, aunque yo no sé griego. Lo que no me gusta es que dé en versos que no valen gran cosa a Platón, Pitágoras, Lucio, San Agustín, prefiero leerlos en prosa.

Su amigo
Arreaza Calatrava

[sello postal 2-Mayo-1910]

Mi querido maestro: No es que crea que me tiene olvidado. Es que necesito darle una nueva molestia. Ayer tarde hablaba con un santanderino bastante inteligente sobre las distintas regiones de España y sus diversos pobladores. Qué diferencia!

El castellano del norte, ya un tanto apartado del de la meseta, es un montañés que difiere mucho del vasco y entre éste y el andaluz, por ejemplo, hay más diferencia que entre el vasco y habitante de Bretaña, [...] ⁶³. Yo siento estas diferencias pero no tengo elementos suficientes, para darme cuenta intelectual de ellas. Conozco de España la historia de sus invasiones y los episodios de sus guerras. Quiero verla desde un punto de vista científico, no á través de un concepto superficial de la Historia: No quiero atiborrarme de páginas más o menos pintorescas. Necesito médula y jugo.- Al hablarme de Ramón Campos dígame qué obra debo leer su amigo devoto.

J. T. Arreaza Calatrava

63. Ilegible.

EL CÓNsul DE VENEZUELA EN SANTANDER

Particular

Santander, 7 de febrero de 1911

Señor D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Mi querido maestro:

Me ha hecho mucho bien su carta. La aprecio como una obra de caridad. Llegué á pensar que las impertinencias y ligerezas de mi última carta le habían impresionado mal. Cualquiera persona sería tendría derecho a tacharme de mocito irreflexivo, tonto y maligno. Pero Vd., más que una persona sería é inteligente, es un espíritu cristiano, muy comprensivo.

Todo aquello que le dije en mi carta, lo siento y lo pienso, como lo pensaba y sentía.

Yo le hablaba irrespetuosamente de Menéndez Pelayo y de Pereda. Continúo irrespetuoso. He leído y sigo leyendo al estupendo autor de «las ideas estéticas», «los Heterodoxos», «Ciencia española». El obrero de esa labor pasmosa no es un erudito pedante ni fastidioso. Caracteriza sus juicios cierta severidad superior, *sophrosyne*, diré, cierta visión clásica que ante la cátedra del «buen sentir» les imprime sello de permanencia. Sus libros son muy útiles como obras de consulta. Me los figuro una biblioteca viva é inteligente que nos va mostrando lo que le pedimos. En cada una de esas obras se encuentran noticias admirablemente coordinadas, que sólo podían sostenerse hojeando muchos volúmenes de diferentes autores. Para quien como yo es tan ignorante (y entre paréntesis), tan atrevido, que sabe casi nada del latín y nada del griego, figúrese qué ventajoso no será apoyar la lectura de griegos y latinos, acaso infielmente traducidos, en la doctrina de quien se pasea por entre ellos con tan seguro paso. En cuanto á la labor histórica y espiritual de España, ¿dónde encontrar más completos elementos para el juicio?

Lo que me pasa es que ante el espíritu del sabio polígrafo, no basta en el mío el elemento afectivo, indispensable para la admiración conciente. Yo no soy del todo incomprensivo. A veces me detengo en una página, en el punto de cauce de algunas ideas, y se me abre un horizonte interior. Le doy entonces las gracias á D. Marcelino. Esto ocurre muy pocas veces. Yo necesito que se me de á comer mucha substancia espiritual, así, fresquita, acabada de arrancar de lo más vivo del espíritu.

¿Será que al espíritu de D. Marcelino le falta esa fuerza de originalidad que condensa en una página más vida interior que la que pudiera dilatar a través de un volumen? ¿Por qué el sabio no se me aparece como un revelador de nuevas relaciones y de aspectos imprevistos de las cosas, que me hieran el espíritu con herida fecunda? A pesar de la unidad de su obra, muy natural en quien tiene ideas acabadas é inmutables, no encuentra en ella ese brío del pensamiento, que por la

sola virtud de su fuerza engendra un nuevo concepto general, una visión original de las cosas, un nuevo instrumento de observación y de juicio? Quiero decir que no encuentro en esa obra nada nuevo, nada que me parezca nuevo. Nihil novum sub sole.

La obra de un Ganivet, pongo por caso, me da la impresión de una creación permanente: resultado de su poderosa imaginación y de su exquisita sensibilidad. Lo que no quiere decir que yo crea que tenga razón Ganivet, conservada en el fondo, muy apegado á las tradiciones.

No le pido al crítico que sea inventor de un instrumento de crítica para uso personal. Taine le dio unidad sistemática á ciertas verdades científicas. Tiene la gloria de haber creado un método. Es, por sobre todo, un espíritu muy útil y penetrante. Poseía un ojo de artista, muy certero frente a la realidad. Stendahl [Stendhal] pasaba por la vida haciendo sobra cada hecho por menudo que fuese, un sinnúmero de observaciones interesantísimas.

Don Marcelino, que no es un crítico «subjetivo», un hombre que transmite sus impresiones debe tener de consiguiente, muy clara la visión objetiva y está obligado á ser todo un hombre de ciencia, una conciencia libre de prejuicios. Si no está constituido de esa manera, no es, no puede ser un crítico en grande (¡cheche Vd. dogmas, D. Miguel!).

Hecho á ahondar en la vida espiritual de España, parece que no relacionase los fenómenos que observa con la realidad, vista á la luz de la experiencia científica. Así se explica que proteste con beatitud de borrego contra la corriente liberal de España, producto de la experiencia, obtenido en el campo de la observación de la Europa moderna. Me indigné de verle, con indignación un poco jacobina, a la cabeza de la manifestación clerical que se celebró aquí en octubre último, para protestar de actos gubernamentales, que bien podían equipararse á los que dicta una simple razón de buen sentir en materia económica ó administrativa.

Vi desfilar la tal manifestación, formada por miles de aldeanos ignorantes. Don Marcelino iba muy orondo con su estado mayor de beatos (ó de bestias) civiles. Yo escribí un soneto que principia así:

Por la avenida avanza la borreguil ralea.
Arrancada á sus tierras de escaso producir.
La guían mozos pálidos, castrados de la idea.
Y viejos que no cumplen su deber de morir.

Don Marcelino no es un «sentidor» ni un espíritu inquieto de místico del siglo xx. Es un señor muy tranquilo, muy de orden; que mantiene los prestigios del altar y del trono como cualquier burgués respetable; que le besa el anillo al señor obispo, en público, para dar buen ejemplo; que no parece preocuparse mucho por las cosas de esta vida porque las tiene como catalogadas, ni por las de la otra, por tenerlas como si dijéramos «en la mía», que tiene un cerebro muy resistente y posee la virtud del trabajo en un país donde se trabaja poco, que encierra en la cabeza,

como buen bibliotecario, doscientas mil cosas, muy útiles por cierto, que tiene una idea patriarcal de los problemas sociales...

Yo no he tratado de conocerle, porque aunque es muy bondadoso, está siempre ocupado.

En cuanto á Pereda, el poeta montañés, repito que no me entusiasma mucho, por su escasez de ideas y por su miope regionalismo que sé le inspira cosas encantadoras, á veces incómodas por su estrechez. Pero es un poeta, y eso basta. Estoy releiendo sus novelas. Tengo entre manos a «Sotileza». El casticismo pesado de su estilo que antes me incómodaba ya me parece cosa sentida, en armonía con el paisaje y con el tipo del paisano.

Ha de saber Vd. que yo digo aquí en Santander, lo que pienso y siento. Si digo á veces cosas que pueden despertar susceptibilidades patrióticas, es que me siento muy amigo de España y, sobre todo, muy humano.

En su sentida carta me habla Vd. de sus torturas espirituales. Esos dolores son fecundos, como el verbo que hiera y renueva la conciencia española. Los poetas representan un gran papel en la historia; sobre todo los grandes poetas de la Desesperanza, esa Esperanza de alas negras, acostumbradas a remar dolorosamente en el misterio. Tortúrese D. Miguel con sus garras de águila; sufra el mal de Leopardi cuya amarga canción es sustancia viva y permanente de la patria italiana...

Coll me habló hace meses de «Mi Religión y otros ensayos», libro del que aún no le he dicho a Vd. nada. Será motivo de otra carta. Mi querido amigo es un admirador del espíritu fuerte de Unamuno. El le envía un abrazo. Me extraña lo que me dice Vd. sobre «Caminos de perfección», que aún no he leído.-

Díaz Rodríguez le está a Vd. muy agradecido, y, fuera de este deber de gratitud, yo sé que tiene de Vd. el concepto que se merece.

A Coll le transcribo el párrafo, por parecerme discreto y que Vd. no lo tomará a mal. Quiero que lo lea Díaz Rodríguez.

Ayer tuve el desagrado de recibir una carta destemplada de Maeztu. Figúrese que yo le escribí una muy honda y sincera, en la que al referirme a tres estados de la conciencia española, le nombraba (porque me da la gana.- y perdóneme la rudeza de expresión) en compañía de Ganivet y de Unamuno.

Parece que el sesudo intelectual bilbaíno, quien es de los buenos y que en mi concepto no va mal encaminado, se figuró acaso que yo trataba de adularle... ó de tomarle el pelo. Acaso ha leído á Vd. aquello que dice del mocito venezolano... Bah! En el fondo de su carta hay cierta honrada firmeza que hay que respetar. Sin embargo, no pude menos de contestarle con alguna amargura.

En Diciembre último, estuve en Madrid y en Toledo. No me fué posible pasar á Salamanca. Me prometo verle en el verano

Su amigo, J. T. Arreaza Calatrava

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Consulado en Santander

Santander, 24 de mayo de 1911

Señor D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Mi querido maestro: Le envió mi libro aunque con cierto temor proveniente de que él, en su mayor parte y por la impureza de mi sentir, no estará en armonía con las claras y profundas corrientes de su espíritu. En ese primer volumen de mis «Cantos de la carne y del Reino Interior», la carne ocupa demasiado espacio. Después que veo mis originales en la eternidad relativa del tipo de imprenta siento como una especie de sonrojo en la conciencia, pensando en algunos de mis lectores. La nota puesta al comienzo de la sección «Palomas y serpientes en los rosales», ya acusa esta especie de remordimiento. Pero yo le aseguro a Vd. que todo en ese libro es sinceridad, en el sentido de que mis versos sensuales son el producto de un autoanálisis de mi carne, á un reflejo espiritual. No sé hasta qué punto la *literatura* haya contribuido á desvirtuar eso que llamo autoanálisis de mi carne. Sólo en dos ó tres poemas, (los *peores* en cierto sentido) me doy cuenta de mis influjos literarios que hayan contribuido a producir *efectos sádicos* (no sé como expresar esto de otro modo) pero le aseguro que aún con estas poesías, de *retórica malsana* no me ha faltado el necesario fervor interior, sin lo cual, el poeta, lejos de poder asumir el atributo regio de la irresponsabilidad, se convierte en un chiquillo de *sucias mañas*. Yo creo que en esos versos no caigo en pornografía. En ellos hay mucho de pura exaltación imaginativa, muy explicables en un mozo de veinte y dos años, caído en brazos de una mujer *non sancta* (una lesbiana, por más señas). A los que hay que agregar que ese mozo, que desde muy chico trataba de pensar sobre lo que sentía, sufría la tristeza enervadora de un ambiente en que sólo se respiraba vergüenza y donde no podía exigírsele, por mil razones, que se crease un ambiente oxigenado de pureza mental, para uso propio. Normalmente desde los catorce a los veinte ó poco más años, el hombre es una bestia completamente *natural*, porque su sentir y su pensar son pura savia de la Naturaleza. Después se va dando cuenta el hombre que es, por sobre todo, un obseso de sí mismo; aunque, quiéralo ó no, continúe obedeciendo á sus inclinaciones naturales. Pero estas son perogrulladas, con las que acaso trato de organizar una defensa.

Conviene advertirle que nunca en mi vida, he leído libros pornográficos. Sí alguno de Zolá que para la época de mi vida en que lo leí, de los diez á seis *[sic]* á los diez y ocho años, ejercían en verdad cierta acción pornográfica. Ya le he dicho que tengo fuego en la imaginación; fuego que por cierto se apaga, cuando, llevado del propio calor imaginativo, me vuelvo *loco de análisis*, y destruyo, como si tal cosa, sentimientos esenciales. Los novelones apostólicos de Zola, también los he leído. También algo de Balzac y todo Floberts *[sic]*. En mis años críticos leí una

obra escrita con mucho arte por cierto; de Jean Lorraine: Monsieur de Phacos. Mi soneto *Lujuria* es flor de ese jardín malsano. No necesito hablarle aquí de Víctor Hugo el Divino, ni de Lamartine y otros que leí desde muy chico. A los seis años recitaba la oración para todos de Hugo, traducida por Bello (naturalmente, sin entenderla) y poco más tarde sentía, verdaderamente *sentía*. «Los Miserables» y otras de sus novelas poemáticas.

Todos estos autores franceses los he leído en español porque es aquí en Santander que me he puesto en relativa capacidad de deletrear el francés. En estos días me he encontrado con Verlaine, malamente traducido (lo supongo). Ya sabía yo como sentía Verlaine, lo que es explicable, pues su sentir flota en la obra de nuestros mejores poetas de sud-américa.- De Baudelaire no sé una *jota*, aunque también presiento su sentir, por la misma razón.

Va pues, mi pobre libro á sus manos de maestro y de amigo. ¿Quiere el maestro darme algunos buenos consejos con su franqueza característica?

Me gustaría que el Maestro se hiciese tan severo que me hiciese algún mal. No sabe Vd. cuánto le agradezco que se ocupe de mí.

Aquí, en Santander, falta imaginación, y es natural que sientan poco. La obra de esta gente *conservadora*, naturalmente, tiene su género de belleza. Por ejemplo la de Enrique Menéndez, hermano de D. Marcelino, es de una admirable *decencia*, una decencia muy española (hay también una picardía española que conspira con el *celestinaje*).- Lo que falta es vuelo, atrevimiento, vida interior, audacia en cualquier sentido. Aquí me viene á la cabeza lo que Vd. dice en su artículo sobre Costa; más o menos así: *las palabras que me ha dicho le obligan a ser consecuente con el error*.- Aunque en mis cartas para Vd. yo soy sincero, le pido una cosa: tenga por no escritos todos mis aturdimientos irrespetuosos hacia el gran Menéndez Pelayo. Y esto de mis aturdimientos Don Miguel, no le parece que acaso se trate de fuerzas que no han encontrado su dirección, y que es posible que en ellas esté, como en éxtasis, lo mejor de mi espíritu, tal vez mi vida futura?- ¿Qué le parece una *Oda á Costa*?

En el 2.º volumen, figurará la Oda al Catolicismo.

Le saluda su amigo, J. T. Arreaza Calatrava

[RÓMULO BETANCOURT]

Santo Domingo, R.D.

30 de abril - 1929

Noble y querido Maestro:

Su carta, tan altiva y tan suya, para mis hermanos españoles encarados con la dictadura me da la noticia de su residencia, hace mucho por mí ansiada. Soy un estudiante venezolano, cursante de Ciencias Políticas, y del grupo iniciador, en febrero del pasado año, de una cruzada tenaz contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, Calígula de pacotilla, Nerón en alpargatas, que hace cuatro lustros roba, asesina, usurpa y viola impunemente en Venezuela. En panfleto adjunto hallará Ud., noble abuelo, noticias veraces de las etapas iniciales de esa cruzada, empresa de un puñado de hombres de honor y de conciencia resueltamente formados en batallón, para irse por los caminos del mundo buscando el sepulcro de N. S. Alonso. Posteriormente a los sucesos allí narrados, y tan pobremente narrados, por quien hasta entonces solo había sido apenas estudiante, intentamos en el mes de abril un golpe de Estado, en connivencia con un grupo de oficiales jóvenes del ejército; fracasamos, por obra de un azar del destino, y ese fracaso significó muertes, encarcelamientos y persecuciones de estudiantes. Yo fui de los pocos que lograron burlar la saña de los esbirros de la dictadura, para buscar en el destierro seguridades a mi libertad y a mi vida. Encontrándome ya en el exilio, mis camaradas de aula, de generación y de ideales, reafirmados en la orientación cívica de la cruzada, enturbada momentáneamente por el cuartelazo de abril, se compactaron al viejo grito de «a ellos!» y en octubre protestaron ante el tiranuelo por los atropellos cometidos por su gobierno. Escúchelos, Maestro, y enorgullézcase, porque esa juventud ha mamado enseñanzas de verticalidad en su vida y en su obra. «Alzamos ante Ud. el grito de nuestra enérgica protesta por los atropellos que se están cometiendo por su gobierno en multitud de venezolanos decorosos y patriotas». Cuantas diferencias hay, noble abuelo, entre este lenguaje altivo, lenguaje de hombres hablándole a un hombre y ese otro que usan en la Venezuela de hoy desde ministrales hasta porteros, lenguaje plagado de babosidades, de devociones caninas, de seguridades de servilismo «p^a el presente y para el porvenir...» La respuesta del neroncete era la que cabía esperarse dentro de la ética del régimen: los firmantes de la protesta fueron deportados hacia un sitio paludoso, insalubre del interior de la República, y condenados a trabajar como forzados en la construcción de un camino carretero; sus compañeros en signo de protesta por el bárbaro atropello, declararon una huelga pacífica, disuelta a tiros y a mandobles por turiferarios armados en cuanto se inició; nuevos estudiantes fueron deportados y en los primeros días de noviembre ya ascendía a 300 el número de los universitarios que mezclaban su sudor y su sangre con la tierra calcinada por el duro sol del trópico, intentando arrancarle la clave del destino. Allí permanecieron hasta el mes de marzo de este año sometidos a todas las intemperies, atropellos, vejados, hambreados, oígallo, Maestro, con

hambre los hijos más puros de una tierra «donde es pan cuanto se toca con las manos» como escribiera uno de los hombres más alertas!

Sus familiares, la gente decente y culta de Venezuela, la que heredó linaje o se lo ganó con los puños en la plataforma democrática, nunca supo nada de ellos, nunca pudo comunicarse con ellos. Algunos estuvieron en trance de muerte, mal atendidos los avances de estos terribles morbos tropicales sobre débiles cuerpos de adolescentes y de niños, pues, muchos de los «forzados» apenas cuentan de 13 a 15 años de edad. En el mes de marzo próximo pasado una orden del despotismo fraccionó en dos el grupo de víctimas del ideal batallador; el sector mayor fue internado en las mazmorras del castillo llamado Libertador, —que ironía tan trágica, verdad?— y el menor, formado por los 16 miembros del Consejo Supremo, o sea el Comité Directivo de la Federación Universitaria, fue internado tierras más adentro, al sitio denominado Palenque, en pleno corazón del llano, donde el beriberi, el paludismo y las fiebres malignas reinan como señores soberanos. Y allí, Maestro, consumaron el atropello máximo: a cada uno le remacharon un grillete de 100 libras de hierro, sobre el tobillo; los uniformaron de presidiarios, con el ignominioso traje típico, a rayas horizontales; y los mezclaron a los salteadores de camino, a los cuatrerros, a los criminales reincidentes, a los rateros irreformables que pagan condena de trabajos forzados!

Este es solo el aspecto «universitario» de la tragedia, de la honda tragedia patética, que se está desarrollando en Venezuela. Agregue Ud. a ésto expulsiones colectivas de hogares no gratos al régimen, censuras groseras de la correspondencia, violación a toda hora del domicilio, encarcelamientos de ciudadanos, asesinatos cobardes de multitudes desesperadas ante el recuerdo de sus reservas mejores y más nobles en trance de perecimiento. Y así, con un poco de composición y escaso esfuerzo imaginativo, tendrá Ud. el panorama, vale decir, la perspectiva vaga, de esa hora tremenda que vive mi pueblo.

Que hacer ante esto, Maestro, ante esto terrible? Protestar? Si en todos los tonos, con todas las palabras hemos protestado!; protestando con la ofrenda de su libertad, y tal vez de su vida, están mis camaradas encarcelados y deportados; protestando estamos nosotros, los desterrados, vagabundeando en una vida de parias por tierras ajenas, improsándonos tribunas donde quiera que se nos oiga, mendigando en la prensa asilo para nuestras acusaciones. Mas, con cuantas dificultades, Maestro! El círculo de las complacencias babosas de cancillería nos persigue y nos cerca. apenas hace unas horas regresé de Puerto Rico, donde me proponía intentar una campaña de opinión mediante conferencias y labor de prensa, devuelto por los gringos en el mismo barco que me llevara; y quien que el canallita de librea encargado de velar por los intereses de Gómez en aquella isla pudo sugerir a los patanes esos que me declararan persona «no grata»? Además, Maestro, es tan pobre nuestra voz, tiene un radio de repercusión tan exíguo! Y los «otros», los que tienen conquistado un derecho a ser escuchados en América, donde están?, me preguntará Ud., Maestro, Ah! «ellos», son tan miserables, tan lastimosamente miserables! Todos doblan la cerviz palaciega alrededor del amo y extienden la mano mendiga reclamando su cuota en el festín. Pedro-Emilio Coll, a quienes nosotros, con devoción cariñosa,

dábamos el nombre expectable de Maestro, pasea su prebenda de Inspector de Consulados —en verdad de los hechos, Inspector del Espionaje organizado—, en camarotes de lujo, marginal e indiferente a la lucha desigual que sus hijos de ayer empeñaron; César Zumeta representa a la dictadura en la Farsa de Ginebra y en prosa claudicante, caricatura de la gallarda y briosa de ayer, quema los tallos podridos que sostuvieron floraciones de un decoro pretérito ante el altar del asesino y del ladrón andino; Pedro César Dominice *[sic]* hace cosa semejante e igualmente lastimosa, en Buenos Aires. De los diplomáticos he escogido estos tres, por ser los más representativos; y alrededor de ellos se agrupa y compacta toda la hueste de golaneado casaquín, que ha alquilado sus inteligencias, conocimientos y aptitudes por pingüe y miserable soldada.

Dentro de Venezuela, el «entourage» que rodea al Bisonte decrepito y despiadado es también numerosa. Oficia en ella como arzobispo del Cinismo y de la Prostitución aquel Pedro Manuel Arcaya a quien Ud. tan donosa y justicieramente vapuleó en su ensayo «Bolívar, hombre», por su pedantería irreverente al encararse con la humanidad solemne del héroe.

Y no solo son «ellos», Maestro, los que han envejecido en menesteres de cómites, los que ya perdieron la flexibilidad de la columna de tanto mantenerla horizontal; sino también unos cuantos diletantes de los dolores de la patria, incapaces de repercutir con sangre, huesos, y espíritu a las sacudidas de su agonía. Ahí tiene Ud. un ejemplo a mano en el caso de nuestra mutua admirada, fervorosamente admirada, Teresa de la Parra. Doña Teresa hacía muchos años que se encontraba ausente de Venezuela, desligada prácticamente por la ausencia prolongada y por su dedicación al arte, de una verdadera y absorbente preocupación por sus problemas políticos y sociales. Apunto este hecho sin criticarlo, por cuanto obedece a un proceso típicamente humano. Lo que si le critico, —y acertadamente, desde el fondo de mi conciencia íntegra—, es que oficiosamente acudiera a un periódico de La Habana a declarar «que el Presidente Gómez hacía la felicidad de Venezuela», «que la red de caminos carreteros era única en el mundo» y, por último, «que el movimiento estudiantil había sido un *alboroto* de esos tan frecuentes entre las juventudes estudiosas». Y todo esto, Maestro, dicho desde La Habana, después de muchos años de estar ausente de Venezuela, usando y abusando de un apriorismo, sospechosísimo y lamentabilísimo. Por supuesto, cuando la autora del «Diario de una señorita» fue a Venezuela, en días subsiguientes a las declaraciones de marras, mereció cálidos honores oficiales y agasajos tan poco envidiables como lo fue una fiesta en un club caraqueño, organizado por todos los canallitas que actúan en los bajos fondos de la adulación.

Yo quiero, Maestro, que Ud. lea, con los ojos veteranos alumbrados de buena intención, las páginas del folleto que le adjunto. Estoy seguro de que sentirá en ellas, latiendo como una entraña, el fermento de cosas más hondas y más trascendentales que el simple «alboroto» despectivamente señalado por Teresa de la Parra.

La elite intelectual, como Ud. ve, nos traiciona, —por supuesto, me refiero a los «consagrados», puesto que toda la intelectualidad joven ha hecho frente único con el estudiantado. «Ellos», los traidores, estarán con el amo hasta que el amo los eche y

con la carga agobiadora de sus responsabilidades vayan a gozar de la caritativa lenidad de un crepúsculo, que nosotros, los generosos de toda hora, no le amargaremos...

Me preguntará Ud. ahora: y el pueblo? El pueblo, Maestro, es necesariamente el sector de la ciudadanía mas duramente castigado por la dictadura; el proletariado venezolano, sin leyes que le protejan, expuesto a ser incorporado a planazos a los batallones del déspota, sin hospitales, sin escuelas, hambreado, miserable, odia, con odio sordo y terrible, a Gómez y a sus hombres. En todos los momentos de la cruzada universitaria lo ha demostrado.

A la huelga estudiantil ha respondido el obrerismo con un paro general y automático, actitud extremadamente meritoria si se tiene en cuenta que en la clase trabajadora venezolana no hay ni rudimentos de sindicalización, puesto que el régimen imperante no solo no la alienta sino que aún la persigue. Estos paros, necesariamente, sin una base económica, terminaron cuando el hambre se hizo hostigadora, regresando siempre las huestes trabajadoras a sus labores de parias con muchos claros abiertos en sus filas por el plomo y por las bayonetas. Media otra circunstancia para que la protesta del «gran número» no sea decisiva, y es la de que, surgiendo de un grupo analfabeto en aterradora proporción de un 90% y por consiguiente desprovisto de una obligadora noción del civismo, carece de continuidad, de continuidad «sitiadora».

Sin embargo, ese pueblo inhábil para mantenerse erguido en la terrible tranquilidad del «no hacer», de la abstención, está clamando por la otra forma de defensa a que está habituado: la del fusil. Y a ella tendremos que llegar, necesariamente, dolorosamente. Por eso, tal vez muy pronto, —quien me dice que antes de Ud. recibir este largo disparatario!— estaremos nosotros en la aventura del campamento, buscando lograr con los puños ese puesto bajo el sol bienamado de la patria que unas escasas docenas de Parapillos se empeña en negarnos. Mientras llega esa hora no olvido mis deberes de hombre culto, aun cuando pobremente capacitado; y con todo ardor y con el mayor empeño borroneo a estas horas las cuartillas finales de un libro donde recuento, con detalle y documentación abundosas, todas las etapas del movimiento universitario. Ese libro circulará tal vez cuando ya me encuentro merodeando por las montañas de mi Venezuela, el fusil al hombro y la pupila alerta. Quien sabe si será mi libro póstumo! Sería demasiado exigirle, Maestro, unas breves líneas de aliento para el estudiantado venezolano que en silencio de sacrificio se está sembrando en los surcos donde se gestará la Hispania de mañana, Hispania de América y de España, sin fronteras y sin odios? Esas líneas irían al frente de mi libro, apoyando en ellas mis titubeos.

Esta carta puede contestarla a la siguiente dirección:

R. Betancourt,

Pensión Parra, Curasao, A. H.; en esta casa hay persona amiga que se encargaría de conservármela, en caso de que para entonces ya no me encuentre en el destierro, sino combatiendo por el derecho que me asiste a vivir en una patria amasada con sangre y con dolor de mis abuelos.

Bendígame, noble abuelo; y crea que lo quiero mucho

Rómulo Betancourt

[PEDRO-EMILIO COLL]
(1872-1947)

Universidad de Caracas: febrero de 1900

Querido maestro:

Por este mismo vapor le envío un número de *El Cojo Ilustrado* y mi libro ó folleto *Palabras*. En el número de *El Cojo* encontrará algunos párrafos de la carta que me escribió en meses pasados⁶⁴. Me tomé la libertad de publicarla: 1.º Porque no quería reservar para mi solo los admirables conceptos que encierra, y 2.º Porque deseaba que los demás supieran que Vd. me honra con su correspondencia. I esto no solamente por humana vanidad sino también porque creo que debe hacerse visible esa obra de alianza espiritual que se está haciendo entre hombres de diversos y lejanos pueblos. Amistad que pone en contacto tal vez la parte mejor de nosotros y que quién sabe qué frutos dará en el porvenir.

Vd. es hoy para mí la voz más alta de España y de los primeros educadores de este tiempo. Mi alma sigue la suya en los Infiernos, los Purgatorios y los Paraísos del Pensamiento.

Mis *Palabras* le dirán algo sobre lo que yo creo ser. Aquí, unos por alabarme y otros para rebajarme me llaman «renanista», lo que es quizás una contradicción, pero yo amo las contradicciones, gozo con los membretes que me pegan.

Cuando escribí los artículos que están coleccionados en *Palabras* no le había leído á Vd. y apenas conocía á Emerson, Carlyle, Ruskin, Amiel, Maeterlinck, Remy de Gourmont, Whitman y otros que son los conductores de mi vacilante inteligencia en este momento.

Se me olvidaba advertirle que porque admiro á Verlaine y á nuestro querido Rubén Darío me nombran «decadente» lo que no deja de perjudicar en este país de Generales y de guerras permanentes.

Le agradecería muchísimo que me hiciera el favor de mandarme los libros que me ofrece.

Estoy ahora empleado en la Secretaría de la Universidad de Caracas y seré el Director de los Anales de este Instituto, revista que pongo desde ahora completamente á sus órdenes y que espero Vd. honrará con su inapreciable colaboración.

Tal vez en mi próxima pueda dejar correr la pluma con menos encogimiento

Créame su amigo y discípulo
Pedro-Emilio Coll

64. Carta de Unamuno, en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, n.º 190, 15-XI-1899.

Caracas: 4 de febrero de 1900

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Muy querido amigo y maestro: Durante estos últimos meses he estado recibiendo generosas manifestaciones de Vd.: libros, cartas y frases que no sé como corresponder. En vano he estado esperando un momento de «inspiración» para retribuir sus bondades; así va esta carta escueta, y no como yo quisiera, bien poblada de ideas ó cuando menos adornada con paisajes de mi tierra y de mi espíritu. Quisiera tener muchísimo talento para establecer una copiosa correspondencia con Vd.

Le adjunto un recorte de *El Tiempo* de Caracas, donde publiqué mi mal extracto de su admirable discurso en la Universidad de Salamanca. (Perdone la mutilación). En el tercer párrafo leerá Vd. que no tenía á la mano sus libros cuando escribí dichas líneas. ¿Por qué? Porque vivía en la Plaza pública arrojado de mi casa por el terremoto que el 29 de Julio del año pasado estuvo á punto de acabar con esta ciudad, que tiene vistas hacia la barbarie y balcones hacia lo que hemos convenido en llamar la civilización («ese vasto delito colectivo»).

Espectáculo curioso é instructivo es el que tuve la oportunidad de presenciar en plazuelas y despoblados, durante los días que siguieron á la catástrofe: por obra y gracia de un sacudimiento de pocos segundos, volver camino atrás hacia la vida rudimentaria y la leyenda. En esos pueblecitos, nacidos en una noche del miedo y la necesidad, pude estudiar objetivamente los orígenes de la cultura humana, los primeros pasos del hombre en la industria, la arquitectura, las artes domésticas, los orígenes de la familia, la autoridad, la libertad, la religión, etc.

En mi barraca ó rancho, á la luz de un candil, leí varias veces su discurso, que para entonces constituía toda mi biblioteca, y su discurso me consoló en aquellas noches de pavor.

Por carta suya á Fernández García he tenido el gran gusto de saber que ha sido Vd. nombrado Rector de la Universidad de Salamanca, y este solo hecho me llena de esperanza y me dice que en España está alboreando verdaderamente el siglo xx.

Por este mismo vapor le envió dos ejemplares de *El Cojo Ilustrado*, en uno encontrará un ensayo de mi compatriota Pedro Arcaya sobre su casi compatriota de Vd. Simón Bolívar; en el otro le he dedicado unas notas sobre la evolución literaria en Venezuela. He procurado condensar las ideas que tengo sobre el particular para que la gente de aquí tenga menos pereza de leer dicho artículo.

He sabido con placer que mi amigo José Ignacio Díaz está en correspondencia con Vd. Le recomiendo en Bogotá á D. Sanín Cano que es uno de los espíritus más distinguidos de América.

Ahora estoy trabajando en la Dirección de Estadística del Ministerio de Fomento, donde me tiene Vd. á sus órdenes

Su amigo y admirador

Pedro-Emilio Coll

P.D. Los periódicos de Venezuela están reproduciendo los artículos que Vd. publica en otros diarios y revistas.

Escrita esta carta, me encarga el Rector de la Universidad de Caracas, enviar á Vd. el 1.º tomo de los Anales de dicha Universidad.

Vale.

Caracas: 5 de marzo de 1903

Señor Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Muy querido maestro y amigo: Por este mismo correo le envío dos números de «El Cojo Ilustrado» en los que encontrará sendas notas mías referentes á su *Amor y Pedagogía*⁶⁵ y su *En torno al casticismo*⁶⁶.

No sé cómo manifestarle mi gratitud por el cariño con que Vd. me trata siempre, y que me demuestra no olvidándose. Sí, porque estoy seguro de que Vd. piensa en mí con frecuencia, así como yo lo estoy viendo a menudo con los ojos de la imaginación, en Salamanca; pero, cosa rara, siempre *solo*, de paseo por los alrededores de la vieja ciudad (*Paisajes*⁶⁷ me afirma en esto) sentado en un musgoso banco de piedra, en una antigua y estrecha callejuela dialogando con el otro yo, con los *otros* yo, —pero nunca en la cátedra universitaria, frente á los estudiantes.

No sé por que, pero de un momento á otro estoy esperando una Gran Acción de Vd.; tal vez abandonará el Rectorado y se irá sabe dios adónde...

En nombre del famoso progreso europeo han querido conquistarnos en estos días, y sin embargo esos cañonazos mandados á disparar por tres reyes contra nuestros pobres puertos indefensos han hecho á mi entender gran mal al verdadero progreso. Ya se piensa aquí que la tal civilización es mentira, y que los viajeros que refieren cosas estupendas del otro mundo son unos embusteros. La ciencia, —dicen los mulatos— esa es cosa de los blancos. ¿Tendrán razón? ¿Habrá en efecto una ciencia *de blancos* y para blancos, llena de prejuicios respecto á la incapacidad de los hombres de color para el gobierno y la cultura?

La verdad es que aquí los descendientes de españoles están, ó estamos, echados de barriga mientras los mestizos van adelante. Cierto es que la zona les es favorable, pero de todos modos lo que son hoy hace pensar en lo que pueden ser mañana. Acaso tendrán «su ciencia» y declararán inferior al blanco. Si no me engaño esto no pasa sino en Venezuela; en las colonias europeas de América (Trinidad, Curaçao, Martinica, etc.) los negros son monos, en tanto aquí están á punto de ser monos... sabios.

Hablando casi «científicamente» dijo Cristo: «Hay que juzgar al árbol por sus frutos»; admirable método! ¿Vd. que conoce el fruto venezolano (Bolívar, guerra de la independencia, Andrés Bello, pensamiento moderno) no cree que el árbol debe tener alguna savia y raíces profundas, y que sirva para algo más que para leña que caliente el vientre de los sindicatos de la Europa judía?

65. Notas literarias, en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, n.º 259, 1-X-1902.

66. Notas literarias, en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, n.º 268, 15-II-1903.

67. Miguel de UNAMUNO, *Paisajes*, Salamanca: Est. Tip. Colón, 1902.

Dispéñseme que le comunique los siguientes datos relacionados con mi persona:

Edad: 30 años —Estado: casado hace seis, sin hijos —Profesión actual: Subdirector en el Ministerio de Fomento —Abuelos: catalanes los paternos, castellanos los maternos. Un pariente de mi madre fue llamado en Colombia «el tigre del Cabrero». Fue Presidente de aquella República —Estudios universitarios: matemáticas (las he olvidado por completo); tres años de Derecho (abandoné el curso) Simpatías revolucionarias: anarquista sentimental y sinembargo amigo de la oligarquía de sabios—. Religión: no sé, acaso un poquito teosofista, Vinekananda me parece un espíritu estupendo. Emerson es santo en mi Iglesia —Autores que escriben hoy lo que yo quisiera decir á veces: Unamuno, Barrés, Lemaitre, Anatole France, Valera, Grand-montaigne. Mis clásicos: Luciano, Goethe, Montaigne, Gracián, Carlyle, Stendhal, Heine, Larra, Renan, Kempis— Muertos que llora mi inteligencia: Ganimet, Verlaine, Whitman, José Asunción Silva, Casal, Gutiérrez Coll— Viejos amores: Hugo, Tolstoy, Spencer, Daudet, Goncourt— Amores nuevos: Nietzsche, Gorki, Merejkowsky, Ibsen, Gourmont. Originalidad: la luna creciente me enferma— Deseo: vivir ocho meses entre aldeanos de mi país, y cuatro entre filósofos y artistas de Europa - Notoria incapacidad: para la aritmética, los idiomas y la «literatura escrita» —Cobardía suprema: á la muerte— Mayor dolor: la agonía de mi hermano.

Lo quiere y recuerda siempre
Pedro-Emilio Coll

* Le agradecería la reproducción del adjunto cuento en un periódico de España.

Caracas: 15 de marzo de 1907

Señor Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi amigo muy querido y maestro:

Tal vez yo he cesado de estudiarme, y por consiguiente de ensancharme y de ahondarme (¡Qué admirable la carta de Vd. á un literato joven!), ó al estudiarme me he perdido en mi mismo y no encuentro la puerta de salida para salir á la superficie ¡á lo superficial! ¿No cree Vd., algunas veces, con el Otro, que los griegos fueron *superficiales* por profundidad?

Ello es mi querido amigo que me encuentro desde hace algún tiempo incapacitado espiritualmente para organizar dos líneas, no digo literarias sino aun de cortesía epistolar.

El otro día mis compromisos oficiales obligáronme á escribir unos párrafos destinados á una publicación ordenada por el Gobierno de mi país, y sudé la gota gorda para cumplir con mi deber. Le haré conocer lo que pensando mucho en Vd. escribí; el pensamiento se me antoja *unamunesco*, y Vd. me perdonará la petulancia.

Pero yo no deseo tener deberes y obligaciones corteses con Vd., á quien quiero y respeto fraternal y francamente. Así es que si no digo nada al público acerca de sus Poesías, es porque no me hallo ahora en el estado de ánimo indispensable para apreciarlas debidamente. Vislumbro la belleza que en ellas existe, pero para impresionarme en su íntima ternura, en su sana tristeza necesito apartarme de mundanales extravíos y levantarme de ciertas recientes caídas, de que acaso le hable más tarde en solicitud de consejos.....

Estoy pensando en mi viaje por esas tierras. No quiero envejecer más sin estrechar su mano cordial y generosa

Lo saluda con el cariño y admiración de siempre
Pedro-Emilio Coll

Caracas: 13 de abril de 1908

Señor don Miguel de Unamuno
Salamanca

Muy querido amigo y maestro:

He leído —admirándolo siempre— sus suaves «Recuerdos de niñez y de mocedad». Cada vez que Vd. me recuerda, y el envío de sus libros me revela que es con frecuencia, pienso que Vd. me recuerda con cierto cariño temeroso de verme devorado por este medio hostil á los entusiasmos intelectuales. I yo le agradezco que Vd., recordándome, me anime á seguir adelante por sobre las tumbas, como aconseja el divino Goethe.

I a propósito estoy en el deber de comunicarle —porque se que la noticia le será grata— que estoy ya terminando mi *Homunculus* «tragicomedia legendaria en tres jornadas con prólogo de Arlequín», que espero publicar el 12 de julio de este año, día en que cumpliré 36 años.

Los amigos que conocen las dos primeras jornadas me han dado un *bombo* y *basura* fenomenal, que yo no sé si merezco pues la obra me va saliendo de las entrañas como dictada por otro Yo. La tercera jornada, que es la que estoy *pensando* más, me está dando *por lo mismo* un trabajo del diablo. I es natural, porque en ese acto de mi locura el Diablo hace gran papel, como que allí muere con anhelos infinitos de ir al cielo.

Mi *Homunculus* es aquel que en la segunda parte de *Fausto* se escapa de las manos de Wagner para recorrer el mundo. Ahora, mi excelente amigo y maestro, imagínese lo que saldrá de una escaramuza ideológica en que suben a la escena, en profunda confusión, Mefistófeles, Hamlet, Don Quijote, Zaratustra, Ofelia, Dulcinea, Teresa Panza y otros hijos del genio individual, junto con otros de creación popular como Colombina, Pierrot, Arlequín, etc. ¡Cuánto me complacería leer a Vd. y consultarle ese caos con que aspiro crear un diminuto grano de arena!

Díaz Rodríguez, que ha terminado un admirable tratado de perfección estética, tiene deseos de ir a España a publicar su libro, a dar algunas conferencias en el Ateneo y á hacer representar mi tragicomedia. Dios me saque con vida, ya que no sano y salvo, de estas aventuras extravagantes en que he lanzado mi espíritu para sacudirlo de su marasmo. Allá veremos.

Lo saluda con el mejor respeto y cariño

Su amigo y admirador
Pedro-Emilio Coll

I esta carta y mi *Homunculus* atrabiliario escrito en la aplastante atmósfera ministerial, con un duro de capital, hoy Lunes Santo...

Vale.

Caracas: 30 de julio de 1908

Señor Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Querido maestro y amigo:

En mi poder su última carta en que me demuestra la pena que le causa mi estado de ánimo. Lo peor del caso, mi noble amigo, es que ese estado de ánimo angustioso e inconforme es lo mejorcito que tengo, pues si yo me encontrara tranquilo en medio de tantas calamidades juzgaría muertas mi sensibilidad y conciencia. Acaso mi *Homunculus* le explicará en su día por símbolos, todas estas cosas, y verá Vd. que entre las brasas infernales he puesto algunos granos de incienso y que los diablos tienden sus manos con anhelo infinito hacia las seráficas harpas. No terminé la obra para la fecha que pensaba por mis ocupaciones y por la alarma en que nos ha tenido la epidemia reinante en nuestra ciudad.

Ya debe de estar terminada en Madrid la impresión de un nuevo libro de Díaz Rodríguez, quien vive dirigiendo los trabajos de su campo, una feraz y olorosa hacienda de café al pie del Ávila. El libro se titula *Camino de perfección* y lo es en efecto. A mi me parece el más nutrido de ideas de los que lleva escrito nuestro grande y buen amigo. Son varios ensayos en los que se trata ampliamente acerca de la vanidad, la ciencia, el modernismo, etc.

Me place y me enorgullece que Vd. vaya a ocuparse de Simón Bolívar; muerto Carlyle nadie mejor que Vd. puede comprenderlo. Le llamo la atención sobre las cartas de Pativilca donde el Libertador en accesos de misantropía volcó su alma. Estaba entonces enfermo, es verdad, pero acaso en esos momentos es cuando se diafaniza la carne, es cuando mejor vemos partes de nuestro fondo espiritual que una gruesa salud enturbia. Es bueno escuchar a veces lo que secretamente nos dice esa parte misteriosa del organismo que los médicos llaman *nervios*. A mi juicio conviene que Vd. nos hable de Bolívar antes que de Sucre, pues este no es sino un accidente de aquel.

No puedo darle opinión sobre la persona a quien se refiere en los últimos párrafos de su carta ¡es de una *simplicidad* tan *complicada*!

Me es grato saber que Vd. no me olvida y recibir siempre cartas suyas

Amigo de corazón
Pedro-Emilio Coll

Caracas: 6 de febrero de 1912

Señor Don Miguel de Unamuno
Universidad de Salamanca

Mi muy estimado amigo y respetado maestro:

Un joven compatriota mío, el Doctor Rafael Ricardo Revenga, antiguo Canciller de la Corte Superior y actualmente Bibliotecario del Colegio de Abogados de Caracas, desea cultivar relaciones con Usted, á quien admira grandemente. Yo le recomiendo este joven amigo, que pertenece a una familia distinguida de Venezuela y es nieto del Doctor José Rafael Revenga, Secretario que fue de su casi —compatriota Simón Bolívar, nuestro libertador.

Revenga desea obtener cuantos datos sean posibles acerca de la historia, costumbres, trajes e insignias de maestros y estudiantes, reglamentos, de la muy noble y vieja Universidad de que es Ud. hoy digno Rector. También desea conseguir fotografías del edificio, aulas, paraninfos.

Tenga la bondad de perdonarme todas estas molestias, y decirle a Revenga donde y como podría conseguir esos datos y fotografías e indicarle si sería posible obtenerlos igualmente en la Universidad de Madrid.

Lo saluda respetuosamente y con el cariño de siempre su amigo y discípulo
Pedro-Emilio Coll

¡Muy mal de alma!

Madrid: 12 de enero de 1917

Princesa 75

Mi eminente amigo:

De regreso de Toledo donde pasé unos días supe que había estado Vd. en Madrid ¡Cuánto siento no haberle visto y no haber tenido el gusto y el honor de hablar con Vd.! ¿Piensa Vd. volver pronto a esta Villa? Ojalá mis ocupaciones oficiales me permitieran ir a Salamanca, como deseo.

Aquí continúo haciendo, más o menos, la vida que llevaba en mi país. Vivo un poco aislado, un poco triste y prefiriendo a escribir boberías escuchar a los maestros como Vd.

Como mi obra literaria es muy pequeña, apenas se sabe en esta Corte que soy «diplomático» (?) Como no frecuento el café tengo pocas relaciones. He visitado al noble anciano Galdós, que es mi vecino, y conozco a Valle Inclán, a Azorín —tan silencioso— y a algún otro escritor y artista, como Romero de Torres. Benavente me recibió con helada cortesía. En la soledad de Toledo me sentí acompañado por las voces de los antepasados, que oscuramente, en mi alma un tanto desarraigada, hablaban a través de los siglos. En Madrid soy un paseante más...

Le saludo muy afectuosa y respetuosamente

su viejo admirador y amigo
Pedro-Emilio Coll

Madrid 26 de mayo de 1917

Señor Don Miguel de Unamuno
Madrid

Eminente amigo y maestro:

Como no sé si tendré el honor y el gusto de verle —aunque si me propongo escucharle y admirarle, como siempre, mañana— déjole en la dirección de la revista «España», un ejemplar de la obra de Mancini sobre Bolívar⁶⁸. Dicho ejemplar está especialmente dedicado a Usted por el doctor Ezequiel A. Vivas, Secretario del Presidente Electo de Venezuela. El Doctor Vivas, quien tiene en cuenta los altos méritos intelectuales de Usted, me escribe desde Caracas comisionándome para poner en sus manos dicha obra, que ya Usted conocerá sin duda.

Aunque un poco tarde, perdone la descortesía, dóile las gracias por la honrosa alusión que Usted hace de mí en su intenso artículo sobre «El frío de la Villa y Cortel». Creo, por mi parte, que ese «frío» está más que en el ambiente mismo de Madrid, en mi carácter un poco tímido y acostumbrado a la soledad. En cierto modo es culpa mía tener pocas relaciones literarias.

Le saludo con el mayor afecto y le desea el mayor éxito, su viejo amigo y ferviente admirador.

Pedro-Emilio Coll

Princesa 75

68. Jules MANCINI, *Bolívar y la emancipación de las colonias desde los orígenes hasta 1815*, trad. Carlos Docteu, París: Bouret, 1914.

Madrid 30 de junio de 1917

Señor Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi eminente maestro y querido amigo:

No quería contestar su carta sino, atento a su benévola invitación, ir a darle un abrazo en Salamanca y tener el gusto y el honor de charlar unas horas con Usted. Pero un violento ataque de artrismo me ha retenido en Madrid de donde, por prescripción del médico, tendré que salir inmediatamente para Sobrón, en Alava. Veremos si a mi regreso puede realizar mi ilusión de visitar a Usted en esa vieja ciudad.

Como Usted se interesa tanto en nuestras cosas y hombres de América, me es grato enviarle un ejemplar de un raro y curioso libro, que mi hermano y yo reprodujimos en Caracas⁶⁹. Su autor Simón Rodríguez, maestro del Libertador, es sin duda uno de los espíritus más extravagantes y extraordinarios que ha producido mi país, donde, a pesar de su pequeña población, se han producido no pocos tipos de una humanidad singular.

Tengo gran curiosidad de leer el nuevo libro de Usted, pues siendo la envidia su motivo central, ha de referirse no sólo a España sino a las tres cuartas partes del mundo, por lo menos.

No olvide a su constante admirador y viejo amigo, que le aprecia de todo corazón.

Pedro-Emilio Coll

69. No hay ningún libro de Simón Rodríguez en la biblioteca personal de Unamuno.

Salamanca 29 setiembre 1917

Mi eminente maestro y amigo:

De todo corazón he sentido no encontrarme con Vd. aquí. Desgraciadamente, a causa de mis ocupaciones, tengo que apresurar mi regreso a Madrid sin poder esperarle en Salamanca, como es mi deseo.

Varios aspectos de la ciudad me recuerdan algunos de aquella, tan distante, donde nací y dónde tanto se le admira y quiere a Vd.

Ya Vd. sabe donde tiene su casa en la Villa (Princesa 75).

Le despide a Vd. con un abrazo, su viejo amigo y admirador

Pedro-Emilio Coll

Madrid: 13 de octubre de 1917

Princesa 75

Mi eminente maestro y amigo:

De paso por Salamanca, en donde estuve dos días, le dejé una cartica. Usted no había regresado de su viaje a Italia y yo, después de tres meses de ausencia, obligado a volver a Madrid, donde me esperaba una montaña de correspondencia oficial por despachar.

Un poco repuesto de mis males, luego de haber tomado las aguas de Alzola, visité algunas ciudades y caseríos del admirable País Vasco, raíz de las mejores costumbres y energías de mi propio país. Poco pude enterarme del «alma de Salamanca», en las pocas horas que allí pasé y más faltándome un guía espiritual como usted, y ruégole perdonarme la expresión. Como le dije el paisaje —tan suave y triste de la tarde sobre el viejo puente y la vega— me recordó alguno de mi ciudad natal. He de volver a Salamanca.

Ya leí en *El Día* sus primeras emociones al retornar de Italia, y me preparo a deleitarme con las que sin duda irá usted publicando acerca de aquella noble y grande nación latina. Ayer, Fiesta de la Raza, fue un día atroz para mí, día de protocolo diplomático, de traje de etiqueta, de discursos y de ceremonias en el ayuntamiento. Para colmo de calamidades tuve la mala suerte de rematar el día con una lectura de Baroja. *Estúpidos, sin virtud alguna, buecos y afeminados* somos todos los americanos para ese bárbaro, que ni siquiera nos permite admirar a usted. En verdad una de las cosas más infames que conozco es esa página sobre «Los Americanos», del libro *Juventud, Egotría* ¡el cuánto daño va a hacer, sobre todo en estos momentos! I digo esto por lo que he oído ya decir a algunos, que tienen sin embargo a España por su segunda patria.

Perdone las palabras que va regando la pluma, un tanto nerviosa, de su viejo amigo y muy ferviente admirador

Pedro-Emilio Coll

Señor Don Miguel de Unamuno

Madrid 22 de diciembre de 1917

Señor Don Miguel de Unamuno
Madrid

Respetado maestro y querido amigo:

Después que tuve, el grandísimo gusto de escuchar a usted, una vez más, en su admirable conferencia del Ateneo, experimenté una recaída en mi enfermedad, reuma acompañada de depresión nerviosa. Como el médico me aconseja no salir mientras el tiempo esté tan frío, no he podido ir a ver a usted ni me va a ser posible asistir a la comida que darán a usted sus amigos y discípulos, entre los cuales tengo a honra contarme. Ojalá, en una hora de sol, pueda visitarle y despedirme de usted antes de su regreso a Salamanca.

Le abraza con el cariño y respeto de siempre
Pedro-Emilio Coll

Madrid: 25 de marzo de 1918

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Salgo en este momento del Ateneo, mi querido amigo y maestro, lleno de la emoción trágica de su *Fedra*, y deseoso de enviar a Vd. enseguida un abrazo de felicitación, por el éxito que acaba de obtener ¡Admirable hora ateniense, mientras se escucha ya cerca el paso de los bárbaros!

La señorita Martos, devorada de pasión, fue como una *llama blanca* y retorcida entre los rojos cortinajes de la pequeña escena. El público, con excepción de algún breve instante de frivolidad, supo escuchar con la noble atención de una antigua multitud, la dolorosa obra de Vd.

Su viejo amigo y ferviente admirador
Pedro-Emilio Coll

Madrid: 29 de setiembre-1920

Olázaga 4

Señor D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Mi querido amigo y maestro:

Al volver a Madrid, después de algunos días de ausencia, me apresuro a solicitarle, y se me informa que ya Vd. había regresado a Salamanca.

Quería ratificarle personalmente mi viejo cariño, y mi constante admiración, y cómo continúo siendo discípulo de su inteligencia llena de corazón.

Le estrecha la mano muy republicanamente

Pedro-Emilio Coll

Madrid, 27 de febrero de 1922

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi muy querido maestro y amigo:

Con el Dr. Key Ayala, quien le presenté cuando tuve el gusto de encontrarme en la Calle de Alcalá, trabajo ahora doce horas diarias en la copia de documentos que reposan en Archivos de Madrid y que se refieren a nuestro viejo y grave litigio de límites con la república de Colombia. Así no tuve materialmente tiempo para solicitarle y hablar con Vd., como lo deseaba de todo corazón, y como lo necesitaba mi espíritu desfallecido, no sé si por decadencia orgánica o por efectos del ambiente.

Espero poder verle en breve su invariable amigo que le quiere y admira

Pedro-Emilio Coll

S./C. Olázaga 4

Madrid: 14 de abril de 1922

Señor D. Miguel de Unamuno

Mi querido y admirado amigo:

Quiero repetirle en estos dolorosos días, que siempre seré su amigo invariable, tanto más cuanto que lo más probable es que me retire a cultivar mi silencio y mi huerta en algún verde rincón de mi país y que así no es fácil que le vuelva a ver en Madrid.

Dóile las más expresivas gracias por su generosa invitación a leer una conferencia en esa Universidad. como nunca me encuentro sin ánimo para ello. Si Vd. me comprende, como yo comprendo a Vd., perdonará a su viejo y constante amigo que le quiere y admira.

Pedro-Emilio Coll

Madrid: 1 de junio de 1922

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido y admirado amigo:

Me encarga mi estimado amigo y compatriota el Dr. S. Key Ayala, a quien le presenté cuando tuvimos el gusto de encontrar a Vd. en la calle de Alcalá, le haga llegar el folleto que le ofreció, acerca de la familia Jugo de Venezuela. La dirección del Dr. Key Ayala, por si Vd. desea avisarle directamente recibo de dicho folleto —que va por este mismo correo— es 28 rue de Livry (16^{eme}) -París.

Voy a aprovechar esta oportunidad, mi querido Maestro, para hacerle una súplica. Yo no quisiera marcharme de España, lo que pienso que será a fines de este mes, sin llevarme un retrato de Vd., con su dedicatoria ¿Podría Vd. obsesarme con ese gran favor? Colocado en mi retiro, ese retrato me haría no sentirme tan lejos materialmente, porque espiritualmente siempre estaré cerca de Vd., de uno de los hombres que más honran a nuestro linaje, de «un hombre», como Napoleón decía de Goethe.

No se aun adonde seré traslado, después de la intriga que me hace salir de España. Es historia larga de contar y que Vd. conocerá algún día, cuando rompa mi silencio. Historia triste y no poco ridícula, por la manera inicua como se me ha acusado de «enemigo de España» (!) y aun de «alcohólico» (!!); ¡Y qué personajes los de esta tragicomedia!

Perdone estas últimas expansiones y reciba el más cordial abrazo de su viejo admirador e invariable amigo

Pedro-Emilio Coll

P.D. Provisional y particularmente me tiene Vd. ahora muy a sus órdenes en
San Marcos 3-3 izq.

Madrid: 20 de junio de 1922

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi muy querido amigo y maestro:

Con toda el alma le agradezco el retrato que ha tenido la bondad de dedicarme, con tan cariñosas y honrosas palabras. Hoy tengo el gusto de mandarle el mío, como sincero recuerdo de este su invariable amigo y admirador, que tiene la vanidad de llamarse discípulo de Vd.

Ya dije, en el banquete con que tuvieron la amabilidad de despedirme, colegas y camaradas españoles y americanos, cómo mi amor a España es semejante al que á mi propio suelo natal consagro. I esto no es «literatura».

Cuando pensaba marcharme a mi país, sobre todo por ver a mi anciana madre y a mis queridos hermanos, recibo instrucciones de cumplir una misión en Francia. Así, por ahora, me tiene Vd. muy a sus órdenes, en la Legación de Venezuela (115 me de la Pompe).

Tenga la bondad de saludar en mi nombre y en el de mi mujer, a su honorable familia, Vd. reciba el más cordial abrazo de despedida (¿hasta cuándo?) de su viejo amigo que le quiere y admira

Pedro-Emilio Coll

Madrid: 31 de enero de 1928

Señor D. Miguel de Unamuno
Hendaye

Muchas gracias, mi querido maestro y amigo, por sus conceptos, generosos como siempre, sobre mi librito de meditaciones y evocaciones «La escondida senda», como Vd. comprende, no es un simple título, inspirado en nuestro Fray Luis, sino que pretender señalar la meditación de mi espíritu a buscar, casi a oscuras, los caminos de la vida interior.

Mucho le agradezco que me haya sacado del error en que me hicieron caer traductores de Goethe, pues desdichadamente no sé alemán. «En el principio fue el Hecho». Cuánto me aprovecharía que Vd. me hiciera penetrar, algún día, en el sentido profundo de esa frase faústica. «Hecho», «Adivinado», «Acción» ¿trinidad que acaso simboliza a un mismo Dios?

Recuerdo nuestra conversación en la Castellana y mis temores de entonces, a poco realizados. Espero que, no tarde, hemos de reanudarla, bajo el sol de Francia, ó mejor bajo más clara luz. Hacia el verano proyecto aproximarme a Hendaye.

Ahora me marcho a Italia en misión cerca de los cónsules de mi país, como lo he efectuado en España, para ver de fomentar nuestra exportación. Café, cacao, azúcar, buenos sabores del Trópico para Europa y para mi pueblo pan y modesto bienestar, como base de más elevados propósitos.

En tanto tiene el gran placer de verle y hablar con Vd., le abraza quien le quiere y admira invariablemente

Pedro-Emilio Coll

La Florida (Caracas) 16 de junio 1934

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi siempre querido y admirado amigo:

Por la prensa acabo de saber la muerte de su honorable señora esposa (q.e.p.d.) y así me apresuro a acompañarle en su gran dolor, haciendo extensivo mi pésame a toda su distinguida familia.

Aunque no es ocasión para ello, permíname avisarle que, por anterior correo, tuve el gusto y el honor de enviarle mi Discurso de recepción a la Academia Venezolana de la Historia, en elogio de los «líricos», como aquí nombran a los llamados utopistas, que, por cierto, no suelen ser tan dañinos a la república —ni a esta ni a la española— como algunos de los que se consideran hombres «prácticos»...

Aprovecho también esta triste oportunidad para ponerme a sus órdenes, no sé aún si temporalmente, en un florido rincón de mi valle natal, donde, por el momento y si Vd. me permite expresarme así, mi aptitud es de trepador, hago vida contemplativa.

Mucho me agradecería volver a nuestra querida España, por cuya paz y prosperidad hago votos ¿Pero, cómo, cuándo y con qué recursos? Mientras tanto le ruego recibir el más cordial abrazo de su viejo amigo e invariable admirador

Pedro-Emilio Coll

La Florida (Caracas): 3 de octubre de 1934

Señor D. Miguel de Unamuno
Caracas

Muy querido Maestro y amigo:

Desde aquí le acompañamos sus admiradores en los honores que rinde a vd. nuestra España. Por mi parte, le ruego considerarme espiritualmente y como siempre a su lado.

Ya debe Vd. de haber recibido la participación que le hace el señor Director de nuestra Academia de la Historia de su presentación como correspondiente de ese Instituto Nacional. Me honré en proponerlo así con los amigos y compañeros Dr. Santiago Key Ayala a quien le presenté en Madrid y D. Luis Alberto Sucre, deudo del Mariscal de Ayacucho.

Cumpliendo mi encargo de mi amigo y compatriota el Dr. Rafael R. Revenga, permítame recomendarle el asunto a que se refieren la carta y nota adjuntas, perdonándome la molestia que puedo producirle con esta súplica.

Con el mayor respeto le abraza y felicita cordialmente su viejo e invariable admirador

Pedro-Emilio Coll

Caracas: 11 de mayo de 1935

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido Maestro y noble amigo:

A la fecha deberá de estar en sus manos mis felicitaciones personales, con motivo del homenaje, que, no hace mucho, le rindió España y que nuestra Academia Nacional de Historia celebró con igual admiración dirigiéndole ese día un despacho, por radio, en que le participaba que el Cuerpo se honraba designándole como miembro correspondiente, lo que ratificó, por correo, al efectuarse su elección, por unanimidad de votos, y a la cual con máximo entusiasmo, se refirió la prensa venezolana y naturalmente el Boletín del Instituto, cuyo es el número que a la Secretaría le es tan grato enviarle hoy, como lo hará con los subsiguientes, si Vd. lo desea y al conocer su exacta dirección.

Pero ello es, mi eminente y bondadoso amigo, que todavía no tiene noticia la Academia de que Vd. haya recibido las mencionadas comunicaciones y creo así de mi deber, y con el mayor respeto, hacérselo saber, y rogándole perdonar a su viejo, invariable amigo y ferviente admirador, que le abraza con el cariño de siempre

Pedro-Emilio Coll

[MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ]

(1868-1927)

París: 3 de diciembre de 1900

Sr. Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Muy distinguido señor:

Hace poco tiempo le envié unos cuatro librecitos míos. Creo que ya en otra ocasión le había enviado el último de ellos: «Cuentos de color»; pero mi muy íntimo y querido amigo y compatriota Pedro-Emilio Coll me escribió no hace mucho aconsejándome le enviase cuánto he publicado hasta la fecha, lo que con mucho gusto hice. Como desde hace más de un año salí de Venezuela y vivo desde entonces en París, no tenía conmigo sino raros ejemplares y de los que le mandé a Usted ya un tanto manoseados, lo que, espero que dispense. Después de haberle hecho ese envío caí en la cuenta de no haber puesto bajo mis dedicatoria sino mi dirección en Venezuela, y no la de París, como debía ser, para tener ocasión de saber si mis libros llegaron a sus manos. Si a las manos de usted llegaron, ojalá hayan sido de su gusto, ya que en usted estimo y admiro desde hace tiempo al más pensador de los escritores españoles modernos. Ahora tengo en prensa, aquí en París, una novela en la que pretendo pintar el estado social de nuestras tierras de América, ó por lo menos el de mi tierra venezolana⁷⁰.

Su admirador,

Manuel Díaz Rodríguez
rue Lence Reynaud, 8
(avenue Marceau)
París

70. Se refiere a su novela *Ídolos rotos*.

Caracas: 25 de julio de 1901

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: La carta del 11 del mes pasado no me halló en París; vino á encontrarme en Venezuela y no en la capital sino á una hora de distancia de ella, cerca del pueblo en donde nací, á la sombra de los cafetales, bajo los bucares y los mangos, á donde vine á convalecer de una tremenda *grippe* que atrapé á bordo, viniendo de Europa. Y no sólo he venido á vivir entre los árboles por cobrar un poco de salud sino también por evitar, al menos durante algún tiempo el contacto de las gentes de la ciudad, abstraídas, ahora, en fealdades políticas y otras miserias. Por lo pronto me empeño en ser un ferviente de Ruskin y de su religión de la naturaleza. Me dedico al amor de las rocas, las bestias y los árboles.

No he recibido, y lo siento mucho, el número de *La Lectura* en que usted amablemente consagra un estudio a *Idolos Rotos*. Ese número quizás me lo haya enviado el señor Aceval á París. Aunque no me es muy fácil, ahora, por estar bastante lejos, tal vez yo lo pida a Madrid, en estos días. Deseo muchísimo leer el juicio de usted sobre mi novela.

Tiene usted razón en suponer que me he creado con mi libro muchos enemigos en Venezuela. Así ha pasado, y yo de antemano lo sabía. No podía suceder de otro modo porque hay muchos que viven de los males que denuncio en mi novela. Y está en la *obligación y el deber* de ellos el decir mal de mi y de mi libro y el jurarse mis enemigos mortales. Mucho se ha escrito aquí sobre *Idolos Rotos* y siento en el alma que de eso no haya leído usted lo mejor, ni mucho menos. Mucho se ha escrito ya en pro, ya en contra de la novela y de su autor. Afortunadamente, los mejores y de más autoridad han estado de mi parte, y han defendido muy bien á *Idolos Rotos*. Entre los mejores juicios están en primer término los de Pedro-Emilio Coll y sobre todo Angel C. Rivas (que no tiene nada que hacer con el Sr. Rivas Vargas cuyo artículo leyó usted en *Venezuela Ilustrado*). Casi todos los que han hablado y escrito contra *Idolos Rotos* son *doctorcitos de la prensa* y politicastros que, al hacer así, defendían su negocio. Y los que no me han combatido con la pluma y bajo la máscara de un pseudónimo, lo han hecho con armas menos limpias, así como la murmuración calumniosa. Difícil me es escribirle todo lo que se escribió y dijo de mi libro, y difícilmente podría usted imaginarse la tempestad de iras y furores que *Idolos Rotos* despertó á su llegada.

Para que tenga una idea más o menos aproximada le diré que ha sido el mayor éxito de librería que por aquí se conoce. Todos los ejemplares que vinieron a Venezuela estaban ya vendidos a mi llegada.

Estoy de acuerdo con usted en lo que me escribe sobre «El Triunfo del Ideal» de Dominici. Desde mi salida de París, no tengo noticias de Darío. Hoy, precisamente, esperaba yo alguna carta suya, pero no me ha llegado nada.

Espero siga escribiéndome que mucho se lo agradecerá su amigo de siempre

Manuel Díaz Rodríguez

[PEDRO CÉSAR DOMINICI]

(1872-1954)

París: 6 de mayo de 1901

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Distinguido amigo:

Grata sorpresa me ha producido su carta, y me apresuro a contestarle. Hace mucho tiempo que conozco su nombre y su talento de filósofo y pensador. Conozco los ataques de sus enemigos los *obscurantistas*, y los elogios de sus amigos, y sé cuanto Ud. vale y por eso lo admiraba desde lejos. Deseo saber que piensa Ud de ese mi pobre último libro⁷¹, y como Ud me dice que ha de escribir algo para la Revista literaria la Lectura, le envío hoy otra novela mía editada en Madrid: *La Tristeza Voluptuosa*. Mucho le agradecería me enviase el número de la Lectura en que trate de mi libro, pues no recibo dicho periódico. Le suplico me envíe sus últimos trabajos, y créame su amigo y admirador

Pedro César Dominici
12 rue Ganneron

71. Pedro César DOMINICI, *El triunfo del ideal*, París: Bouret, 1901.

París: 6 de diciembre de 1901

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Distinguido amigo:

Desde hace tiempo estoy por escribirle, pero la crisis que reina en Venezuela se ha reflejado en todos mis asuntos y me ha impedido hacerlo antes. Con frecuencia leo en *El Tiempo* de Caracas escritos suyos que por allá reproducen, en donde aparece Ud. como el ilustre pensador que tanto dá que decir en España. Creo que Ud. debe tener en su patria muchos enemigos, y como es natural, amigos entusiastas, pero Ud. no corteja la necesidad dominante y eso debe aislarlo, tal vez allí resida su fuerza; su manera de filosofar es contraria a la mediocridad grata a Sarcey, *l'oncle*, que gobernó la crítica en Francia, y por eso le digo que no debe ser Ud amado en España. En la América Hispana es otra cosa, menos atada a la tradición de nuestra raza, más cosmopolita, allá las ideas de Ud encuentran un terreno más fácil para sembrar, y allá se le admira con sinceridad, su nombre es ya de todos conocidos. Ve Ud que los americanos no somos ingratos, y que sabemos agradecerle lo que Ud hace por nosotros en España, en donde no se nos ama mayormente. Sabemos que es Ud. atacado porque nos defiende. Ayer recibí un librito de Candamo *Estrofas* con prólogo suyo, en que lo anima Ud á trabajar y á pensar. Por qué no me hace Ud enviar los periódicos literarios en que Ud. escribe? No sé si habrá Ud publicado algo sobre *El Triunfo del Ideal*⁷² como Ud me ofrecía. Leí un bello juicio sobre el libro de Díaz Rodríguez⁷³. ¿Me ha olvidado Ud? Por Amado Nervo he tenido noticias tuyas. Yo vivo aislado, y no frecuento a nadie. Espero para el próximo marzo publicar otras novelitas. Veremos. Esperando saber de Ud pronto, lo admira su amigo afectísimo

Pedro César Dominici
32, rue Breda

72. Unamuno escribe, en *La Lectura* (julio de 1901), el artículo Una novela mejicana, novela por Pedro César Dominici, París-México, 1901. Es probable que el lugar de edición indujera a cometer el error en el título del artículo.

73. Miguel de UNAMUNO, Una novela venezolana. Manuel Díaz Rodríguez. «Idolos Rotos» (novela), París: Imprenta española de Garnier hermanos, 1901, 3,50 francos, en *La Lectura*, junio de 1901.

Madrid, abril 25⁷⁴

Mi ilustre amigo:

Perdóneme si le escrito a toda carrera en un Café, pero trátase de algo que no admite demora. Habrá leído Ud en los periódicos, que su carta fue muy aplaudida en el banquete. Uno de los periodistas, admirador de Ud, llevósela para publicarla; y sale á estas horas con que se la ha extraviado! Tengo ya en la imprenta un folleto con los discursos y adhesiones: ¿Cómo ha de faltar la carta de Ud?

Le suplico, pues encarecidamente me la reescriba a vuelta de correo. En ella hablaba Ud de su admiración por Bolívar, y sostenía que la América fue libertada *en español*, que San Martín peleó en Bailén, que el nombre de Bolívar era vasco, etc. Me dicen que posee Ud una memoria admirable, i cómo no ha de recordar Ud poco más o menos su carta. Remítamela lo más pronto que pueda.

Dígame si ha leído Ud mi novela griega «Dionysos»

Lo admira y aprecia altamente su amigo afecto

Pedro César Dominici
Luisa Fernanda

74. La carta es posible que sea del año 1907, fecha en que se publica *Dionysos*, la novela de Dominici y por la cual le pregunta Unamuno si la ha leído. En el año 1907, Unamuno publica «Quijote y Bolívar», por lo tanto está imbuido de los temas referidos a Bolívar y las guerras de la independencia americana, como surge del texto.

[TULIO FEBRES CORDERO]
(1860-1938)

Mérida, Venezuela, 28 de Junio de 1906

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi distinguido Señor:

Desde que leí el año pasado en «La Semana» de Caracas su notabilísima crítica sobre el Quijote, ó mejor, sobre los críticos del Quijote simpatiqué profundamente con el afortunado autor de tamañas verdades y tan original como gallardo modo de decirlas, é hice propósito de enviarle un ejemplar de la novela *D. Quijote en América* que acababa de imprimir en aquellos días, como sincera manifestación de alto aprecio y simpatía, pero, retirado en estas altas montañas de los Andes Venezolanos, mi tierra nativa, quedó agotada la 1.^a edición, sin que supiese su residencia en España, hasta ahora, en que la ilustre escritora colombina D.^a Soledad Acosta de Samper, me lo indica, en ocasión de preguntarme si le he enviado dicho libro.

Me es altamente honroso satisfacer, pues, aquel deseo enviándole hoy este *Quijotillo Criollo*, como lo he bautizado en el prólogo de la 2.^a edición, escrito sobre el cual me permito llamar previamente su atención, con perdón del atrevimiento, porque sé lo es y mucho llamar la atención de crítico tan eminente, que bien sabe y entiende donde debe fijarla de preferencia; pero lo hago para prevenir su sorpresa ante el sólo título del libro, al parecer osado en demasía.

Sírvase aceptar mis votos sinceros por su bienestar, y contarme, aunque á tan larga distancia, en el número de sus más adictos admiradores

De Ud. muy at. S. Servidor
Tulio Febres Cordero

[ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA]

Caracas: octubre de 1900

Señor Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Distinguido amigo:

Los escritores jóvenes americanos tenemos una gran escritura francesa. Las canciones de Verlaine, de Baudelaire y de Musset son las abejas de nuestros rosales interiores. De allí que nuestros versos y nuestras prosas se resientan de ello. De allí también una influencia en nuestra alma americana. Sin embargo, la gran España lírica vive en nuestras almas; pero una España antigua, viejísima, secular, legendaria, no la España moderna, la que amamos. Permítame usar con Vd. estas franquezas hijas de la tristeza producida por la contemplación del solar en ruinas de la literatura española, sin menoscabo de mucho mármol bello aún existente.

Yo lo conocí a Vd., y desde ese instante comenzó mi grande admiración y mi profundo respeto por su talento, en cierta ocasión en que, en contra de mi costumbre, leyendo una empolvada revista española encontré, enterrado bajo mucha tierra ruín, un artículo suyo, como un yacimiento de oro.

El artículo en cuestión era el titulado «En torno al casticismo».

Desde entonces comienza mi amistad por Vd., amistad lejana y oscura que hoy con motivo de enviarle mi libro, «Oro de Alquimia», tengo el placer de ratificarle.

Mi libro será para Vd., lectura humilde, acostumbrado su cerebro á volar como un águila, de cumbre en cumbre. Pero tengo la esperanza de que para las fragilidades de mi espíritu tendrá el suyo caridad y que no verá en mi libro sino una gimnasia de estilo que he tratado de hacer con el viejo y labrado metal del habla castellana.

Su admirador y amigo
A. Fernández García

Caracas: 7 octubre de 1901

Señor Miguel de Unamuno
Salamanca

Distinguido amigo:

Cuando envié á Ud. mi libro «*Oro de Alquimia*», quise hacerlo de una manera especial i en su compañía envié á Ud. una pequeña carta dirigida á su conciencia libre de escritor; en ella, apartando todo prejuicio deje á Ud., —o mejor dicho —á esa conciencia libre de Ud., todo lo que con menos estimación por su espíritu puro de filósofo hubiera velado, ó por lo menos nunca dicho; pero fatalmente, la desilusión vino á mi entre las líneas de su carta. Yo hablé duramente de la literatura española moderna, á mi juicio en completa bancarrota, i su *patrioterismo español* se sintió herido, patriotismo que creo indigno de su gran talento, pero que ahora en el caso suyo he visto como algo más trascendental, algo que junto con el *orgullo* constituyen el carácter esencial i típico de la raza española. La voz de la raza ahogó en Ud. toda serenidad i creo que extravió su criterio casi siempre sereno i puro. Francamente que al recibir su carta i luego de leer las agrias bellotas de su crítica en «La Lectura» pensé protestar, i condensar mi protesta en un articulejo de crítica literaria; pero poco dado a estos trabajos i con un desamor profundo por esas tareas olvidé luego de habérseme extinguido la desazón producida por las injusticias de su crítica. Hoy, libre de toda pasión le escribo por que su espíritu me es mui interesante, i por que Ud. me parece el menos español de los escritores de España, i por último por que Ud. ha dedicado no pocas cavilaciones de su pensamiento á esta nuestra América. Muchos puntos rebatibles hay en sus apreciaciones tanto generales como particulares, á propósito de mi libro. Acusa Ud. a la mucha tradición, al exceso de ella, el decaimiento de la literatura española actual; i yo me pregunto si en Francia, Inglaterra e Italia tendrán menos tradición que España, y sin embargo, nunca como ahora ha sido mayor la producción intelectual i más robusta i brillante ya científica como literaria de esas naciones. Yo creo que por vivir dentro de ella los que menos conocen a España son los españoles. A juzgar por sus libros la tradición que á Ud. tanto abrumba no se nota en ellos. Hace falta en la rica i gran España de Ud. un gran artista para el inmenso material artística sepultado i oculto, para el tesoro inédito de que es poseedora, que sólo espera la mano de D'Annunzio, de un Anatole France, de un Rostand para deslumbrar al mundo. Entonces si comenzaría lo que podría llamarse el *Renacimiento español*.

En otros errores ocurre Ud. al hablar de América. Cree Ud. que no hay otra *vida novelable* que la de los inmigrantes europeos en lucha con la naturaleza i el hombre salvajes de estos países i es un gran error. Nuestras sociedades son algo que por mui complicado, —por diversas causas— requieren un analista mui sagaz i sutil para arrancarle el oro i trabajarlo en arte. Quizás debido a este mismo hibridismo

en que se encuentra nuestra sociedad es por lo que se ha arraigado tanto la literatura apellidada decadente. Y en cuanto a que yo en mi obra literaria me haya puesto a fabricar *Oro de alquimia* al borde, a labrar de la ruina de oro nativo, es una idea que rechazo pues mi libro hecho todo de *ideologías, fantasías, alegoría*, tiene i no tiene com la Imaginación, todas las patrias. Las nubes fingen las mismas catedrales aéreas bajo todos los cielos. Si Ud. no lo cree yo creo que la imaginación es cosmopolita. Y mi libro es libro de imaginación. Lo único que en mi libro tiene patria es el estilo, que es *estilo americano*. Es indudable que el habla castellana ha evolucionado en América adquiriendo un alma nueva. Algo que con orgullo podríamos llamar el alma americana de la lengua española. Todas las prosas que se han escrito i se escriben en América adquiriendo un alma nueva. Algo que con orgullo podríamos llamar el alma americana de la lengua española. Todas las prosas que se han escrito i se escriben en América de algún tiempo para acá tienen un sello peculiar, una suerte de semejanza, de similaridad, en fin cierto aire de familia que las distingue de otras prosas en las cuales se sigue la tradición castiza. José Martí, que sin duda Ud. desconoce fue el precursor de este movimiento, luego vino Rubén Darío, i luego otros que sería prolijo enumerar. Respecto a mi cuento *El corazón de Don Quijote* no se que me quiso Ud. decir en las líneas que a él le dedica en su carta. Otras cosas tengo por las cuales podría estar muy resentido con Ud., pero ya me he extendido demasiado, tengo cansancio, y sólo me queda tiempo para exigirle que no vea Ud. en estas líneas sino la libertad con que trato todas las cosas que el pensamiento y al arte puros corresponden.

Creame a pesar de todo su pareciador y amigo

A. Fernández García

[JOSÉ GIL FORTOUL]

(1861-1943)

LEGACIÓN DE VENEZUELA

Nachodstrasse. Berlín, 24 de diciembre, 1906

Señor D. Miguel de Unamuno

Muy distinguido Señor y amigo: Su carta del 14 ha venido á proporcionarme el más vivo placer; porque veo en ella que un crítico de tan alto nombre como usted encuentra digno de interesantes comentarios mi último libro, y porque es motivo de empezar una correspondencia intelectual que será siempre, para mí, sobremanera agradable y provechosa.

Errores político-diplomáticos, comunes de algunos gobiernos de España y de los gobiernos de América, han impedido por demasiado tiempo más estrechas relaciones entre nuestros pueblos, y retardado aquel grandioso ideal solitario que divisaron los mejores entendimientos, así de la Península como de las nuevas Repúblicas, á raíz de la guerra de emancipación. Pero no ha de ser nunca tarde para trabajar en la buena obra. Hoy se nota mayor cambio de ideas, debido al desarrollo de la prensa y á la facilidad de comunicaciones. De modo que material y moralmente nos vamos acercando. Y á medida que esto sucede, despunta más clara nuestra solidaridad mundial; pues aun cuando la América va á aumentar su escasa población con otros elementos étnicos, que formarán allí una variedad orgánicamente cosmopolita, mantendrá siempre en común con España el precioso patrimonio de la lengua. Nuestras literaturas florecerán sobre el rico surco solariego, nuestras almas serán, en consecuencia, forzosamente hermanas. Ah! si pudiéramos tener, ya, más líneas de vapores, más intercambio mercantil, más viajeros de toda especie; y si nuestros respectivos Gobiernos pusieran atención mayor en los esfuerzos y previsiones de los obreros de la pluma! Aquí nos duele todavía á los que miramos al pasado para ver mejor en el futuro.-

Escribo á Caracas con el objeto de que le remitan á usted, cuanto antes, la obra de Becerra y la de Villanueva. Cada vez que necesite algo de Venezuela, dígame.

Cuando envíe á «La Nación» los estudios que tan bondadosamente me ofrece escribir, ruégole me avise, para procurármelos aquí por medio de la Legación Argentina.

Gracias de nuevo de su afectísimo amigo

J. Gil Fortoul

LEGACIÓN DE VENEZUELA

Nachodstrasse. 30. Berlín, 7 de enero, 1907

Señor D. Miguel de Unamuno

Mi distinguido amigo: No pensaba escribirle todavía sobre su «Vida de D. Quijote y Sancho», porque la voy leyendo poco á poco, saboreando sus explicaciones y comentarios, y esperaba llegar al último capítulo para apreciar toda la originalidad, honda filosofía y vuelo de brillante imaginación, con que usted nos presenta, mejor que nadie hasta ahora la obra más maestra de la literatura europea. Ya volveré sobre tema tan interesante. Su libro es de los que perduran. Lo felicito y le aplaudo de todo corazón.

Recibí hoy su carta del día 4. Escribiré pronto á Caracas, al ministerio de instrucción pública, á ver si le envían á usted nuestras más importantes colecciones históricas, ó la parte que se pueda. De la correspondencia de Bolívar hay una, pero vieja é incompleta. Existen dos que se titulan: 1) «Documentos para la historia de la vida pública del Libertador», 14 tomos, por José Felipe Blanco y Ramón Azpurúa, 1877. Blanco figuró en la guerra de Independencia (era presbítero y llegó á general), y Azpurúa, hombre más moderno, aumentó sus documentos. Ambos, sobre todo el último, de criterio mediocre. No quisieron insertar y se ha perdido, cierto interesantísimo diario, del que se conocen fragmentos, escrito por un oficial del ejército que asistía á la tertulia de Bolívar en 1828.- 2) «Memorias del general O'Leary», 24 tomos, 1884, con una Narración hasta 1828 y documentos que no están en la anterior. La completa y aventaja. Por supuesto, después se han descubierto muchas cosas, que andan en libros, periódicos y archivos particulares. *Tal vez* se decida el Gobierno á hacer una publicación mejor, con motivo del centenario de la Independencia. A propósito, estuve una vez trabajando en el Archivo de Sevilla, donde hay un mundo de cosas inéditas...y no todas organizadas.-

Dije «tal vez», y esto me trae á otros párrafos de su carta. Nosotros somos también muy miopes en cuestiones de vital importancia. Españoles y americanos no nos quedamos nada á deber en cuanto á ciertos errores *nacionales*. Por ejemplo, esa «Unión iberoamericana», que califica usted con tan justa severidad, es realmente un enorme disparate, español y americano, en la forma que se le ha dado. Y si esos señores aspiran á ser (ellos!) «metrópoli de cultura», como si la cultura no fuese hoy mundial con la rapidez de comunicaciones materiales é intelectuales, en ciertas partes de América hay la estupenda pretensión de creer que unos cuantos de nuestros trasnochados imitadores del francés le van á imponer á España su manera de pensar si es que piensan, y de escribir... en jerigonza. Acaso la conciencia de nuestros comunes achaques nos lleve á comprender mejor la actualidad y lo que es posible divisar del porvenir. Y hé aquí una de las buenas obras en que ya van trabajando los entendimientos previsores, del uno y otro lado del océano.

He viajado tres veces por España, en distintas épocas. Hace veinte años pasé uno en Madrid, y en el último decenio anduve por Andalucía y Cataluña. Del Norte no conozco más que á San Sebastián. En esos tres viajes aprendí á admirar la vitalidad del *pueblo* español y de algunos individuos de su clase superior. Y creo firmemente que volverá á ser una gran potencia, económica é intelectual. ¿Cuándo?... Cuando su clase directora corrija el mismo error que aqueja á la nuestra hispano-americana... Un venezolano elocuente —Cecilio Acosta (sus obras, que contienen oro puro, no están recopiladas)— decía: «Aquí es pan cuanto las manos tocan». Pero no hay manos que toquen, y en cambio hay gente que muere de hambre. «Traigamos lo que nos falta, población y capitales», clamamos otros, en el desierto. Pero en vez de capitales reproductivos y población trabajadora, traemos harina de los Estados Unidos (lo de España, que usted dice) cuando en nuestro suelo se da el trigo como si fuese mala yerba. Y hasta se presenta á menudo el caso de que importemos judías, que llamamos caraotas, cuando nuestro clima es, para cosecharlas, una bendición del cielo.- Verdad es que ya se nota algún progreso, en cuanto al trigo, que empezamos á moler. Aunque también es verdad que el transporte de un saco, de los Andes á Caracas cuesta más que si llegase de Nueva York.

No sigo. Sé que nuestra correspondencia será frecuente y cordial. Vamos usted y yo por el mismo camino, á mitad de la vida, y; cuántas veces tendré yo el placer de departir con mi nuevo y eminente amigo!

Lo soy suyo de veras

J. Gil Fortoul

Nachodstrasse. 30

Berlín, 6 de marzo, 1907

Señor D. Miguel de Unamuno

Mi muy distinguido amigo: Para referirme á su amable carta del 25 de febrero estaba esperando el número de *La Nación* que trae su artículo «Don Quijote y Bolívar»⁷⁵. Acabo de leerlo, y apresúrome á darle las gracias por la cariñosa simpatía con que habla usted de mi *Historia*. Su estudio es verdaderamente brillante, lleno de indicaciones sugestivas, digno, en fin, de su pluma.

El modo con que aprecia usted al Libertador se lo van á agradecer también en Venezuela, pues contribuye a darlo a conocer mejor en la Argentina, donde se tiende á seguir ciegamente a Mitre,... como entre nosotros hay igualmente tanta gente que adopta las exageraciones líricas de Larrazábal. Bolívar y San Martín no se parecían en cuanto á temperamento, y de ahí viene la dificultad y parte errónea de los paralelos conocidos. Grande era el uno y grande el otro; pero su respectiva grandeza no la aprecian bien sino los habituados, como usted, á ver las diferencias de carácter. Yo me inclino á la comparación del chileno: águila y zorro. Lo malo, para el vulgo, es que zorro suele tomarse en un sentido convencional,... calumniando al zorro.

Mando hoy su artículo á Caracas, para que lo reproduzcan. Y haré lo propio cuando venga el segundo.

Gracias repetidas de su afmo. amigo y colega
J. Gil Fortoul

75. Miguel de UNAMUNO, Don Quijote y Bolívar, en *La Nación*, 30-I-1907.

Nachodstrasse. 30

Berlín, 18 de marzo, 1907

Señor D. Miguel de Unamuno

Mi distinguido y buen amigo: En su carta del 9 tengo ya marcado el párrafo con que usted define, muy exactamente, la figura de San Martín. Y apunto también su proyecto de un libro sobre los héroes de acción americanos. Es un mundo, dice usted. Sí, un mundo que usted nos haría á todos, españoles y americanos, el servicio de aclarar desde el punto de vista psicológico. Cordialmente deseo que no abandone tan interesante proyecto.

Acabo de leer su estudio sobre *La Ciudad y La Patria*⁷⁶. Encuentro su teoría muy original, bien fundamentada en sociología y merecedora de amplio desarrollo en política. Otro buen libro podría escribirse con ella. Mando el recorte á Caracas, para que lo reproduzcan. Le enviaré el periódico que publique éste y su primer artículo. Y de nuevo un millón de gracias.

Ya estoy corrigiendo pruebas de mi segundo tomo de *Historia*; pero es trabajo largo, y el volumen no podrá salir antes de cinco meses.

Quedo esperando su tomo de poesías.

Su amigo de veras
J. Gil Fortoul

76. Miguel de UNAMUNO, *La ciudad y la patria*, en *La Nación*, 31-I-1907.

[JOSÉ RAFAEL POCATERRA]
 (1888-1955)

Montreal-Canadá
 71 Mc Gill College Ave. Ap. 4
 1 de setiembre de 1923

Respetado don Miguel:

Hace ya p^a tres años, estando en la cárcel, en Venezuela, cayó en mis manos un fragmento de periódico donde leí una carta de Ud. para el señor Vallenilla a propósito de cierto libro que este le había remitido⁷⁷. En ella preguntábale Ud acerca de la familia Jugo de Venezuela, y decíale de su parentesco. Ya conocía Ud el folleto de don Eduardo Calcaño. Me propuse, al recuperar mi libertad, escribirle sobre el particular, pero han sido tantas mis contrariedades y tal lo azaroso de esta última época que solo ahora, desde aquí, y después de un año de estar en libertad, puedo hacerlo.

Mi bisabuela fue doña Mercedes de Jugo, hermana de los próceres a que se refiere el folleto de Calcaño y que allí se menciona con sus otras hermanas. Casó en Curazao, durante la guerra de Independencia con el capitán del ejército inglés John Mac-Pherson, de una vieja y noble familia escocesa. Otra rama de la familia Jugo vive ahora en Nueva York, y hará apenas tres meses, enteré a uno de mis primos, Héctor Jugo, de su deseo en saber algo respecto a sus lejanos parientes de América. Probablemente le escribiré a Ud.

Extrañas cosas que pasan corrientemente en este mundo y no paramos en ellas mientes! Recuerdo los términos de su carta a Vallenilla sobre ese libro desgraciado y funesto en el cual trata de hacer la apología de «los hombres fuertes» y los tiranos necesarios... Majaderías e inculturas de esos letradillos que estudian una cosa que han dado en llamar ciencia sociológica a 3.50 pesetas el tomo.

No sé si estará Ud. enterado de cuanto ocurre y viene ocurriendo en la tierra de Bolívar. Por razones que no son aquí del caso comentar y que bien las alcanza y aun las conoce Ud de origen, llevamos en Venezuela casi un cuarto de siglo de «gobierno» a palos y a crímenes con la consabida apología de periodistas oficiosos y de *intelectuales* a pan partir con la canalla esa... el último esfuerzo lo hicimos en 1919 y como final resultado, una traición de última hora nos comprometió a todos. De los ochenta y tantos —entre militares jóvenes, estudiantes y periodistas— salimos vivos de los antros de La Rotunda, de Caracas, unos ocho o diez... Valiéndome de los medios ingeniosos de que suelen valerse los prisioneros, escribí en el interior de papeles de cigarrillos cuanto ocurría allí: asesinatos, maltratos, todo! Fue publicado en Méjico y en los Estados Unidos como relato de «un exsecuestrado de La Rotunda», y se produjo tal escándalo que Gómez tuvo que soltar a los pocos sobrevivientes. Pasé unos días recuperando mi perdida salud —me tuvieron con un par de grillos y en una celda cerrado tres años— y escapé al extranjero. Aquí he fundado mi hogar.

77. Se trata de la obra de Laureano VALLENILLA LANZ, *Cesarismo democrático*.

No obstante, los agentes de Gómez en Washington —un tal Arcaya a quien Ud llamó «pedante» por cierto juicio que está en el volumen recopilado por Rufino Blanco acerca del Libertador—⁷⁸ trató de hacerme expulsar de los Estados Unidos porque fui a encender allí la protesta. Finalmente hallé en esta hermosa ciudad un trabajo honroso que me da el pan y una libertad que es un dolor profundo: vivo reproche de la que no tiene mi pobre Patria.

Don Miguel: yo desearía —en nombre de los venezolanos sacrificados y de los que aun gimen en las cárceles o en el destierro— empaparle a Ud de cuanto allí ocurre y sigue ocurriendo. Es infame. Es monstruoso y vergonzoso...

Ultimamente han expulsado de allá familias, viudas desvalidas, señoritas, ancianas.

Gómez tenía al hermano de 1er Vicepresidente y al hijo de segundo Vice. Una dinastía absurda y grotesca. Ahora poco asesinaron en su cama al *Vice* tío, y todo el mundo, por las apariencias —y hasta por declaraciones de infelices gendarmes que estaban de guardia en palacio la noche del asesinato y que han hecho matar para que no sigan declarando— se fija en el *Vice* sobrino. Ya Ud sabe cómo son y de dónde surgen estos sucios y sangrientos delitos en las dinastías legítimas, digamos. Conque figúreselas ahora en semejantes parodias de indios enloquecidos de mando, con esclavos, oro, pavor y un país sumiso!

Perdóneme que le escriba de una manera tan intempestiva y quizás excesivamente confidencial. Pero estamos tan lejos y tenemos tal necesidad espiritual de aliento y de fe! No están en la Madre Patria las cosas p^a holgar, ocupándose de nuestros desastres domésticos. Pero es necesario buscar allí amparo intelectual y defensa, puesto que los representantes oficiales del gobierno español —o mejor dicho, del Rey— van a Caracas a «hacer política» con esos bárbaros y a tratar de desprestigiar la propaganda nuestra. Al pretexto de un Orden irrisorio y de unas Instituciones burlescas, la oposición tiene que optar entre la cárcel o el destierro.

Yo cuento 32 años de edad, y de ellos he pasado seis en las prisiones bajo Cipriano Castro y bajo este, su sucesor. Y como yo, casi todos los de mi generación hemos visto transcurrir nuestra vida de persecución en persecución.

Es vieja mi admiración por Ud. O mejor, la nuestra. Ignorándonos le hemos querido y venerado como se quiere y se venera a esos escasos seres que le reconcilian a uno con la humanidad.

Yo no soy nada, ni valgo nada y tan solo anhelo conquistar p^o mi desgraciada patria el amor de su palabra y la autoridad moral de su actitud.

Y sea esta la ocasión de ofrecerle, junto con mi profundo respeto mi amistad más humilde y cordial,

José Rafael Pocaterra

78. *Simón Bolívar. Libertador de la América del Sur por los más grandes escritores americanos*, pról. Miguel de Unamuno, Madrid, Renacimiento, 1914.

ANEXOS

Escritos de Miguel de Unamuno sobre Venezuela

Una novela venezolana. Manuel Díaz Rodríguez. «Idolos rotos» (novela), París, Imprenta española de Garnier Hermanos, 1901, 3,50 francos, en *Obras Completas*, t. VIII, Madrid: Vergara, 1958 (*La Lectura*, junio 1901).

Una novela mejicana. «El triunfo del ideal», novela por Pedro César Dominici, Caracas, 1901, en *O.C.*, t. VIII (*La Lectura*, julio 1901).

El libro de un crítico venezolano. «El Castillo de Elsinor», por Pedro-Emilio Coll, Caracas, 1901, en *O.C.*, t. VIII (*La Lectura*, junio 1902).

Otra novela venezolana. «Sangre patricia», por Manuel Díaz Rodríguez, Caracas, 1902, en *O.C.*, t. VIII (*La Lectura*, abril 1903).

Don Quijote y Bolívar, en *O.C.*, t. IV (*La Nación*, 30 de enero de 1907).

La ciudad y la patria, en *O.C.*, t. IV (*La Nación*, 31 de enero de 1907).

Don Quijote- Bolívar. Introducción a Simón Bolívar, libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos, Madrid: Renacimiento, 1914, *O.C.*, t. VII.

Libros venezolanos en la Biblioteca Personal de Miguel de Unamuno

ARREAZA CALATRAVA, José Tadeo

Odas la triste y otros poemas, París: Michaud, s.a.

BECERRA, Ricardo

Ensayo histórico documentado de la vida de D. Francisco de Miranda, t. I, Caracas: Colón, 1896.

BELLO, Andrés

Gramática de la lengua castellana, notas e índice Rufino José Cuervo, París: Roger y Chernoviz, 1908.

BLANCO, José Félix

Documentos para la historia de la vida pública del libertador de Colombia, Perú y Bolivia, publicadas por disposición del General Guzmán Blanco, puestos por orden cronológico y con adiciones y notas por el General J. F. Blanco, 14 vols., Caracas: La Opinión Nacional, 1875-7.

BLANCO FOMBONA, Rufino

Trovadores y trovas, pról. Manuel Díaz Rodríguez, Caracas: Herrera Irogoyen, 1899.

Cuentos de poeta, Maracaibo: Americana, 1900.

El hombre de hierro, Caracas: Americana, 1907.

Letras y letrados de Hispano-América, París: Ollendorff, 1908.

La evolución política y social de Hispano-América, Madrid: Rodríguez, 1911.

La lámpara de Aladino, Madrid: Renacimiento, 1917.

El hombre de oro, Madrid: América, 1916.

BOLÍVAR, Simón

La vida y correspondencia general del Libertador, precede la vida de Bolívar escrita por Felipe Larrázabal, 2 vols., New York: Cassard, 1883.

Cartas de Bolívar (1799-1822), pról. José Enrique Rodó y notas de R. Blanco Fombona, París: Michaud, 1913.

Discursos y proclamas, compilados, anotados, prologados y publicados por R. Blanco Fombona, París: Garnier, 1922.

Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur por los más grandes escritores americanos, pról. M. de Unamuno, Madrid: Renacimiento, 1914.

Cartas de Simón Bolívar, 1833-24-25, notas R. Blanco Fombona, Madrid: América, 1921.

Discurso en el Congreso de Angostura, San José de Costa Rica: García Monge, 1922.

Commémoration du Centenaire de la mort du Libèrtadeur Simón Bolívar le 17 décembre 1930, La Haya: Légation du Vénézuéla, 1930.

Choix de lettres, discours et proclamations, tr. Charles V. Aubrun, París: Institut International de Coop. Intellectuelle, 1934.

BRICEÑO IRAGORRY, Mario

Horas, Caracas: Mercantil, 1921.

Motivos, Caracas: Mercantil, 1922.

CALCAÑO, Julio

Tres poetas pesimistas del siglo XIX... (Lord Byron, Shelly, Leopardi). Estudios críticos, Caracas: Universidad, 1907.

COLL, Pedro-Emilio

El Castillo de Elsinor, Caracas: Herrera Irigoyen, 1901.

La escondida senda, Madrid: Espasa-Calpe, 1927.

DÍAZ RODRÍGUEZ, Manuel

De mis romerías, Caracas: El Cojo, 1898.

Cuentos de color, Caracas: Herrera Irigoyen, 1899.

Ídolos Rotos, París, Garnier: 1901.

Sangre patricia, Caracas: Herrera Irigoyen: 1902.

DOMINICI, Pedro César

El triunfo del ideal, París: Bouret, 1901.

De Lutecia. Arte y crítica, París: Ollendorff, 1907.

FEBRES CORDERO, Tulio

D. Quijote en América, Mérida: El Lápiz, 1906.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Alejandro

Oro de alquimia, Caracas: Herrera Irigoyen, 1900.

GALLEGOS, Rómulo

Doña Bárbara, Barcelona: Araluce, 1930.

Cantaclaro, Barcelona: Araluce, 1932.

GIL FORTOUL, José

Historia Constitucional de Venezuela, 2 vols., Berlín: Hayman, 1907-9.

GÓMEZ V., Ernesto

La hija de la montaña. Novela, Medellín: Imp. Editorial, 1911.

GONZÁLEZ, Eloy G.

Al margen de la epopeya, Caracas: Imp. Nacional, 1906.

GONZÁLEZ, Juan Vicente

Biografía de José Félix Rivas, pref. R. Blanco Fombona, París: Garnier, s.a.

LARRAZÁBAL, Felipe

La vida y la correspondencia general del Libertador Simón Bolívar, 2 vols., New York: Cassard, 1883.

LISCANO, Juan

Las doctrinas guerreras y el derecho, Caracas: El Cojo, 1915.

MEDINA, Sergio

Poemas de sol y soledad, pról. Jesús Semprún, Caracas: El Cojo, 1912.

MIRANDA, Francisco de

The Diary of Francisco de Miranda. Tour of the United States 1783-1784, ed., introd., and notes W. S. Robertson, New York: The Hispanic Society of América, 1928.

NUCETE-SARDI, José

Aventura y tragedia de D. Francisco de Miranda, Caracas: Artes Gráficas, 1935.

O'LEARY, General Daniel Florence

Cartas del libertador. Memorias del General O'Leary, publicadas por orden del ilustre americano General Guzmán Blanco, Caracas: Gobierno Nacional, 1887.

Bolívar y la emancipación de Sur-América. Memorias del General O'Leary, traducidas del inglés por su hijo Simón B. O'Leary, Madrid: Soc. Española de Librería, 1915.

Últimos años de la vida pública de Bolívar. Memorias del General O'Leary, pról. R. Blanco Fombona, Madrid: Editorial América, 1916.

Bolívar y las repúblicas del sur, notas R. Blanco Fombona, Madrid: Editorial América, 1919.

PARRA, Teresa de la

Las memorias de Mamá Blanca, París: Le livre libre, 1929.

PERÚ DE LA CROIX, Louis

Diario de Bucaramanga o vida pública y privada del libertador Simón Bolívar, introd. y notas C. Hispano, París: Ollendorff, 1912.

PICÓN FEBRES, Gonzalo

Notas y opiniones, Caracas: Herrera Irigoyen, 1898.

El sargento Felipe, Caracas: Herrera Irigoyen, 1899.

La literatura venezolana en el siglo diez y nueve. Ensayo de historia crítica, Caracas: El Cojo, 1906.

PICÓN UZCÁTEGUI, M.

Crítica histórica sobre el «Diario de Bucaramanga», Caracas: Tip. de Comercio, 1914.

POCATERRA, José Rafael

Memorias de un venezolano de la decadencia 1898-1908; Castro, 1908-1919; Gómez, 2 vols., Bogotá: Ediciones Colombia, 1927.

URDANETA, Rafael

Memorias del general Rafael Urdaneta, pról. R. Blanco Fombona, Madrid: Editorial América, s.a.

VALLENILLA LANZ, Laureano

El libertador juzgado por los miopes, Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1914.

VILLANUEVA, Carlos A.

La monarquía en América, 4 vols., París: Ollendorff, 1911-13.